

Sobre los comentarios salmantinos al artículo décimo.

6. La autoridad de la Sagrada Escritura

IGNACIO JERICÓ BERMEJO

Sumario:

En volúmenes anteriores se han venido presentando las exposiciones de los salmantinos del siglo XVI sobre el artículo décimo de la cuestión décima de la *Secunda Secundae* de Santo Tomás de Aquino donde aparece la pregunta de si el corresponde al Sumo Pontífice la ordenación del símbolo de la fe; es decir, si es al sucesor de Pedro al que le pertenece redactar un artículo nuevo de fe.

Entre lo dejado por Santo Tomás para la posterioridad ha sido por cierto este artículo décimo el que ha concentrado la atención de los salmantinos del siglo XVI entre 1526 y 1552, entre Francisco de Vitoria y Domingo de las Cuevas. Se comenzó hablando aquí del primado del Papa. Luego se enseñó que la infalibilidad le corresponde al Papa ya actúe éste a cuna con el concilio general o sin el concilio general. Anteriormente se ha hablado también de la autoridad de la Iglesia. Finalmente en este artículo se va a hablar de la autoridad de la Sagrada Escritura.

Palabras clave:

Sagrada Escritura, escuela de Salamanca, Santo Tomás, Símbolo de la fe, Sumo Pontífice.

Summary:

In previous volumes we have been offering the statements of the *salmanticenses* of the XVI century, about the tenth article of question ten, of the *Secunda Secundae* of Saint Thomas Aquinas, where it appears the issue whether it appertains to His Holiness the arrangement of the creed; that is to say: whether it is to Peter's successor to whom it belongs to redact a new article of faith.

Among what has been bequeathed to posterity by Saint Thomas, it has certainly been this tenth article the one which has concentrated the attention of the XVI century *salmanticenses*, since the year 1526 up to 1552, between Francisco de Vitoria and Domingo de las Cuevas. It started dealing here about the primacy of the Pope. Then it was taught that infallibility belongs to the Pope, whether he would jointly act with the General Council, or without the General Council. Formerly, it has been talked as well of the authority of the Church. Finally, in this article, it is being dealt about the authority of the Holy Scripture.

Key words:

Holy Scripture, The *Salmantica* School, Saint Thomas, The Creed or Symbol of the Faith, Holy Father.

6. La autoridad de la Sagrada Escritura*

“Cierta es que no está absolutamente en manos de la Iglesia o del Papa, establecer artículos de fe, menos leyes de costumbres o de buenas obras” (cf. DS 1477). Fue éste uno de los artículos, el 27 concretamente, de los que fueron condenados expresamente por el papa León X en la bula *Exsurge Domine* de 15 de junio de 1520. Aunque no se le nombre en esta bula a fray Martín, no hay duda de que los errores condenados en este documento son suyos. ¿De qué escritos o hechos de este fraile agustino se extrajo el artículo aquí referido y condenado?

En 1519 tuvo lugar la disputa pública de Leipzig entre dos destacados teólogos, favorable el uno a Martín Lutero, Andrés de Karlstadt, y opuesto éste al mismo, Juan Eck. Fray Martín acudió a presenciar esta controversia. Se agregó a los oyentes, pero llegó el momento en el que decidió Lutero reemplazar a Karlstadt y éste se lo permitió. Precisamente era esto al parecer lo que los oyentes todos estaban aguardando. Eck mostró a todos que lo que defendía Lutero no era más que la herejía de Juan Hus.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Tras meditar antes de dar la respuesta, sorprendió el de Wittenberg al auditorio entero con esta concreta y breve alocución tal como lo refleja el historiador protestante R. H. Bainton: “*Dejadme hablar alemán –pidió Lutero, – porque el pueblo me entiende mal. Afirmando yo que un concilio ha errado a veces y puede errar. No tiene él autoridad para establecer artículos nuevos de fe y no puede atribuir un derecho divino a lo que no es por naturaleza un derecho divino. Los concilios se han contradicho recíprocamente porque el concilio reciente de Letrán ha rechazado las pretensiones de los de Constanza y de Basilea según los cuales es el concilio superior al Papa.*”

* Sobre los artículos anteriores. Cf. JERICÓ BERMEJO, I., *Sobre los comentarios salmantinos al artículo décimo. 1. Introducción general*: Archivo Teológico Granadino 73 (2010) 3-90; *Sobre los comentarios salmantinos al artículo décimo. 2. El primado del sumo Pontífice*: Archivo Teológico Granadino 74 (2011) 33-128; *Sobre los comentarios salmantinos al artículo décimo. 3. La autoridad de los concilios generales*: Archivo Teológico Granadino 75 (2012) 25-98; *Sobre los comentarios salmantinos al artículo décimo. 4. La infalibilidad del Sumo Pontífice*: Archivo Teológico Granadino 77 (2014) 163-254; JERICÓ BERMEJO, I., *Sobre los comentarios salmantinos al artículo décimo. 5. La autoridad de la Iglesia*: Archivo Teológico Granadino 78 (2015); *Los artículos salmantinos al artículo décimo. 6. La autoridad de la Sagrada Escritura*: Archivo Teológico Granadino 79 (2016).

Un simple laico armado de la Biblia ha de ser creído más que el Papa o que el concilio que no la tienen. Y, en cuanto a la decretal papal sobre las indulgencias, digo yo que ni la Iglesia ni el Papa pueden fijar artículos de fe. Deben proceder éstos desde la Sagrada Escritura y deberemos rechazar por amor a la Sagrada Escritura a papas y a concilios”¹.

Se han venido presentando aquí de seguido las exposiciones de los salmantinos del siglo XVI sobre el artículo décimo de la cuestión décima de la *Secunda Secundae* de Santo Tomás de Aquino donde aparece la pregunta de si el corresponde al Sumo Pontífice la ordenación del símbolo de la fe; es decir, si es al sucesor de Pedro al que le pertenece redactar un artículo nuevo de fe. Entre lo dejado por Santo Tomás para la posterioridad ha sido por cierto este artículo décimo el que ha concentrado la atención de los salmantinos del siglo XVI entre 1526 y 1552, entre Francisco de Vitoria y Domingo de las Cuevas. Se comenzó hablando aquí del primado del Papa. Luego se enseñó que la infalibilidad le corresponde al Papa ya actúe éste a cuna con el concilio general o sin el concilio general. Anteriormente se ha hablado también de la autoridad de la Iglesia. Finalmente se va a hablar aquí de la autoridad de la Sagrada Escritura. Ya se ha dicho precedentemente aquí que autoridad divina la posee la Iglesia; pero no termina todo aquí ya que autoridad divina tiene también la Escritura. De esta se va a hablar ahora en concreto aquí de si supera la Sagrada Escritura en autoridad a la Iglesia. La verdad es que Dios no tiene mayor autoridad que sí mismo. Por tanto si la Iglesia posee autoridad divina y la tiene también la Sagrada Escritura no hay mas remedio que tener que aceptar que ninguna de éstas es mayor o menor que la otra.

Queda fijada especialmente aquí la atención en el artículo nuevo que ha de ponerse en el futuro o que ya se ha puesto en el pasado por el Papa al ser éste quien tiene la suprema autoridad en la Iglesia. Esta imposición sin más obliga a tener que reconocer sin más que lo decidido en fe y costumbres ha de ser aceptado por todos finalmente por todos desde la imposición del Papa. Haya sido ser realizado por el concilio general juntamente con Papa o por el Papa a solas sin reunir el concilio. Tal decisión ha de ser aceptada en adelante por

¹ “Lasciatemi parlare tedesco –chiese Lutero, – perché il popolo mi fraintende. Io affermo che un concilio a volte ha errato e può errare. E esso non ha autorità per stabilire nuovi articoli di fede e non può attribuire un diritto divino a quello che per natura non è di diritto divino. I concili si sono contraddetti a vicenda perché in recente concilio di Laterano ha rigettato le pretese di quelli di Costanza e di Basilea secondo cui il concilio è superiore al papa. Un semplice laico armado della Bibbia deve essere creduto più del papa o del concilio che non l’abbiano. E, in quanto alla decretale papale sulle indulgenze, io dico che né la Chiesa né il papa possono fissare articoli di fede. Questi devono procedere dalla Sacra Scrittura e per amore della Scrittura dovremmo respingere papi e concilii”. BAINTON, R. H., *Lutero*. (Torino 1960)89-90.

todos; es decir, por la Iglesia toda. ¿Acaso no posee mayor autoridad la Sagrada Escritura que la Iglesia? A favor de que mayor la posee la Escritura descansa en que ésta es la palabra misma de Dios, mientras la palabra de la Iglesia no es en rigor la palabra de Dios. Se acerca a la palabra de Dios pero no es la de Dios.

Fue concretamente Martín Lutero quien ya antes de ser excomulgado por el papa León X (2.3. 1521) se empeñó por una parte del desposeer totalmente de autoridad a la Iglesia y toda autoridad la dejó caer en la sola Sagrada Escritura. El adjetivo sola aplicado a la Biblia indicaba que nadie más que ésta se imponía a los fieles cristianos ya que lo escrito en los Libros Sagrados eran la misma y sola autoridad de Dios. Si las cosas eran así, ¿no habría que empezar rechazando de plano la suprema autoridad de la Iglesia y dejando sometida a ésta ante la Sagrada Escritura?

PARTE PRIMERA

LOS TEXTOS ORIGINALES

Seis autores se ocuparon directamente de la Sagrada Escritura del Papa entre 1526 y 1552 en la Escuela de Salamanca del siglo XVI. Fueron éstos Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Bartolomé Carranza, Melchor Cano, Diego de Chaves y Domingo de las Cuevas.

1. Francisco de Vitoria

a) ROMA. Biblioteca Apostolica Vaticana. Ott. lat. 382 (1534-1535).

[fol. 23v] [...] [In quo est maior auctoritas]². Magis dubium est et loquimur de determinationibus papae vel generalis concilii. Dubitatur an id quod determinatur a concilio sit tenendum in illo. Contra. An in quo tenemur credere id quod est expressum in scriptura. Et est quaestio ubi est maior auctoritas in fide an in papa an in concilio, in sacra scriptura an in ecclesia, in his quae sunt fidei.

Ad quaestionem respondetur pro contrariis verbis. Ergo certissimum et catholicum quod tam in ecclesia quam in scriptura est auctoritas infallibilis

² Lo que Soto expuso sobre el tema de si tiene mayor autoridad la Sagrada y el Papa se halla en el Ott. lat. 782 de Roma.

Itaque non potest esse error nec in ecclesia nec in scriptura sacra. Et de hoc non dubitatur inter catholicos. Et contrarium est pessima haeresium. De hoc non disputatur. Videte Ruphinum et Iodocum. Sed de comparatione ecclesiae et scripturae non ita constat et sunt opiniones de hoc. Forte in re non dentur.

Abulensis in prologo super Matthaem, quod ecclesiae est maior auctoritas quam scripturae absolute, ita quod si inveniretur aliquid determinatum ab ecclesia contrarium sacrae scripturae, illud esset tenendum et soli ecclesiae tenemur credere et id quod ecclesia approbat. Nam si ecclesia diceret mihi quod evangelium Marci non est Marci, credendum est. Illud patet auctoritate Augustini: Evangelio non crederem, nisi ecclesia. Etiam probatur quia videtur ratio quare credimus evangelio nisi quia ecclesia approbat vel recipit.

[fol. 24r] Confirmatur. Contra. Iudas citat librum scriptum Enoch, sed appellat illum Iudae. Non tamen ecclesia approbat, unde ita tenemus. Si quis non arctaret illum librum, ego negarem. Ergo videtur quod auctoritas ecclesiae maior sit quam scriptura.

Contrarium tenet Caietanus in prima apologia cap. 4. Dicit quod maior est auctoritas scripturae quam ecclesiae in quantum si aliquid est determinatum ab ecclesia et contrarium expresse, ego negarem concilium. Probatur quia ecclesia dirigitur per testimonium scripturae. Ergo. Et confirmatur regula. 1^o dicit Paulus quod maior est auctoritas scripturae quam ecclesiae. Nam si tota ecclesia diceret contrarium evangelii, ego non crederem esse evangelium. Est angelis, etc.

Iohannes Driedo Lovaniensis apud Lutherum egregius doctor qui composuit librum de dogmatibus ecclesiae et iste detegit omnes doctrinas et reteggit taliter quod si haeretici legerent librum istum, non dubito quod isti intelligerent esse caecos et gravissime deceptos. Item libro suo de scriptoribus sacris lib. 4^o cap. 4^o tractat istam quaestionem ex professo ubi sit maior auctoritas. Et opere ditinguit dupliciter quia loquitur de ecclesia. uno modo ut loquimur absolute de ecclesia prout dicit congregationem fidelium tanquam sunt vel fuerunt et ab initio mundi. Alio modo, quod ecclesiam vocamus congregationem patrum fidelium. Ista distinctione posita ponit duas conclusiones.

Prima. Loquendo de ecclesia primo modo, ut dicamus ecclesiam; scilicet, congregationem fidelium a passione Christi usque ad finem mundi dicit quod aequalis auctoritas est scriptura et ecclesia. Probatur primo. Auctoritas ecclesiae non dependet ex scriptura, ergo non est maioris auctoritatis scriptura quam ecclesia quia aliter dependeret ab illa. Probatur antecedens. Tanta firmitas et auctoritas erat in ecclesia antequam esset aliqua scriptura, antequam esset posita scriptura. Ergo non dependet. Per exemplum ante passionem Christi, videtur, erat ecclesia et ante Moysem fuit ecclesia. Et nonne erant firma in fide ante Moysem sicut post Moysem

sicut post Moysem scribentem. Abraham nonne habuit fidem? Non est dubium. Nam apostolus ad Hebraeos tradit fidem illorum.

Item. Antequam scriberet Matthaeus, nonne erat ecclesia et firmitas in fide. Ergo non est maior auctoritas scripturae. Ergo. Item quia hoc modo ecclesiae capiendo includens prophetas et evangelistas et apostolos non est maior auctoritas et evangelii Matthaei quam scriptura sacra et evangelium. Item quia hoc modo ecclesiae capiendo includens prophetas et evangelistas et apostolos non est maior auctoritas et evangelii Matthaei quam scriptura sacra vel evangelium. Item probatur auctoritate Augustini: Non crederem evangelio nisi quia ecclesia approbat. Unde saltem quod sit maior auctoritas ecclesiae vel aequalis

2^a conclusio. Capiendo ecclesiam pro congregatione praesenti non includente prophetas et apostolos maior est auctoritas scripturae quam ecclesiae. Nam si ecclesia determinaret quod non esset in scriptura nec esset tam verum sicut scriptura, nec esset quia derivatum ab ecclesia antiqua, illud non esset tam verum sicut scriptura eius. Probatur, nam ecclesia nostra non habet prophetas, sed dirigitur praecise auctoritate scripturae vel ecclesiae antiquae. [fol. 24v] Non maiorem auctoritatem scriptura quam ecclesia prima. Nec de ista ecclesia intelligitur. Arguitur. Si ecclesia non approbaret, etc., nam quando ecclesia recipit istum evangelium refert evangelium Matthaei. Erat in illa Christus. Nihilominus tamen quidquid ecclesia praesens determinavit tanquam de fide, infallibiliter tenendum est. Non enim potest errare ecclesia praesens. Et ratio est quia licet Spiritus sanctus non assistit per prophetiam. Nonne in ecclesia antiqua erat Spiritus sanctus per prophetas quando congregabatur concilium. Hoc non habet nunc ecclesia de lege et regulariter.

3^a conclusio. Regitur ecclesia nova auctoritate sacrae scripturae et auctoritate ecclesiae, sed nihilominus habet semper Spiritus sancti assistentia ad probationem fidei antiquae in ecclesia antiqua fundata et in scriptura. Haec sententia ubique nova dicitur et videtur recepisse a Durando 3. dist. 24 q. 1. ubi Durandus dicit quod maior auctoritas est ecclesiae quam evangelii sumendo ecclesiam pro tota congregatione praeterita et praesenti et de ista intellexit Augustinus.

Haec est sententia istorum et fortasse cum Abulensi Turriscremata qui fere intelligit et quod sit maior auctoritas ecclesiae arguendo large, sicut dicit Abulensis, quia propter unumquodque tale, et illud et magis. Et eodem modo videtur quod Caietanus sit intelligendus quod maior est auctoritas scripturae quam ecclesiae praesentis, non antiquae, nam ipse Caietanus concedit quod maior auctoritas est evangelistae quam papae et quam scriptura sua.

b) ROMA. Biblioteca Apostolica Vaticana. Ott. lat. 49, fol. 26r-27r (1534-1535)

[fol. 26r] [...] Quaeritur ergo utrum in eodem gradu sit auctoritas vel ubi maior, in ecclesia vel in sacra scriptura. Quia solet dubitari ubi est maior auctoritas, in ecclesia vel in sacra scriptura.

[fol. 26v] Et conclusio tenenda ab omnibus christianis, quod infallibilis est auctoritas utriusque. Et quod infallibilia sunt aequaliter ea quae tenentur in ecclesia et ea quae tenentur in scriptura sacra circa ea quae sunt fidei. Et hoc non est dubitandum. [Haeretici quidem non sunt de ecclesia cum non habeant veram fidem nobiscum. Et probatur ad Ephesios 4^o: Unum corpus, unus Deus, unum baptisma, una fides. Et 2^{ae} Ioan. 2^o: Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis. Quia contra haec est. Excommunicati vero sunt de ecclesia cum fidem et charactem habeant. Nam alioquin inquisitores contra illos procederent.]

Ultima haeresis lutheranorum qui conantur labefactare auctoritatem ecclesiae, quae illarum sit maior; scilicet, ecclesiae vel sacrae scripturae? Dominus Abulensis in prologo super Matthaeum dicit quod maior est auctoritas ecclesiae quam scripturae sacrae. Tenemur nos credere, et ideo non est credendum de mente illius evangelio, nisi quod ecclesia approbat, ut dicit auctoritas Augustini. Nam si ecclesia diceret quod evangelium Ioannis non est eius, credendum est ecclesiae in hoc, ita quod quidquid ecclesia teneat, etiam contra evangelium tenendum est, ut patet ex eo quod s. Iudas in sua epistola citat librum Enoch. Tamen ecclesia non approbat librum Enoch.

Dicit tamen Caietanus tractatu de comparatione papae et concilii quod maior est auctoritas scripturae sacrae quam ecclesiae, ita quod si in scriptura sacra reperiretur quod Deus non est incarnatus, teneremur credere hoc, licet contrarium sit determinatum ab ecclesia. Et probat quia ecclesia regitur auctoritate sacrae scripturae, et etiam per illud Pauli ad Gala. 1^o: Licet nos aut angelus de caelo evangelizet vobis praeter quam quod evangelizatum est, non credetis.

Et etiam Ioan. Driedo, doctor Lovaniensis vere egregius, qui sanctissime et diligentissime colligit omnes auctoritates sacrae scripturae contra lutheranos qui, si viderent eius opera et legerent, puto quod statum discederent. Is igitur in libro suo de scripturis sacris et dogmatibus ecclesiae libro 4^o tractat quaestionem hanc et distinguit de ecclesia quod dupliciter possumus loqui de ecclesia. Aut loquimur de congregatione fidelium quae unum est; scilicet, a passione Domini usque nunc, vel ab initio mundo, unde ponit aliquas opiniones.

Prima conclusio. Legendo de ecclesia incipienti a passione Domini usque ad nos; scilicet, ad finem mundi, dicit quod sunt aequalis auctoritatis. Probatur. Auctoritas ecclesiae non pendet [fol. 27r] ex sacra scriptura. Ergo

sacra scriptura non est maioris auctoritatis. Probatur. Quia tanta firmitas erat in ecclesia et tanta firmitas antequam esset scriptura. Ergo. Probatur antecedens. Nam ante passionem Domini et ante Moysem erat ecclesia, et tan auctoritas erat ante ipsum sicut post ipsum. Quia tempore Abraham tanta auctoritas erat et ita firma fides in ipso et in lege evangelica ante quam scriberent evangelistae, erat tanta auctoritas ante sicut post. Ergo

Item probatur quia isto modo inclusit apostolos, prophetas et evangelistas. Sed tanta auctoritas in evangelista sicut est in scriptura sacra, quia ego non crederem evangelio Ioannis nisi quia credo illum. Ergo. Item probat auctoritate Augustini: Evangelio non crederem, etc.

2^a conclusio. Capiendo ecclesiam pro congregatione quae nunc est excludendo apostolos maioris auctoritatis scripturam sacram quam ecclesia. Patet. Nam si esset determinatum in ecclesia ex sacra scriptura, non esset tantae auctoritatis sicut illud quod est in scriptura sacra. Probatur. Congregatio fidelium quae nunc est, dirigitur auctoritate scripturae sacrae et ecclesiae antiquae ita quod non potest excedere limites illius. Ergo maioris auctoritatis est scriptura sacra quam ecclesia quae nunc est. Nec de ista ecclesia dicit Augustinus, evangelio non crederem, etc., sed de antiqua ecclesia, quia in illa erat spiritus propheticus. Ista tamen non est spiritus propheticus.

3^a conclusio. Nihilominus tamen licet ibi sit ita, tamen quidquid ecclesia determinaverit tanquam de fide, ecclesia (inquam) praesens non potest errare. Unde haec est differentia inter ecclesiam antiquam et hanc, quia antiqua habebat spiritum propheticum. Haec tamen regulariter non. Unde habetur in Actibus apostolorum quod quando apostoli et ecclesia congregantur dicebant: Visum est Spiritui sancto et nobis. Licet haec tamen non habebat spiritum propheticum regulariter, nihilominus Spiritus sanctus assistit in ecclesia hac conservando ea quae sunt fidei ne ecclesia nostra pereat. Et totam istam sententiam videtur hic doctor accepisse a Durando in 3^o Sententiarum dist. 24, q. 1^a.

Unde quando inquit Abulensis quod ecclesia [fol. 27v] est tantae vel maioris auctoritatis quam auctoritas sacrae scripturae intelligit de ecclesia antiqua. Et sic debet intelligi. Et Caietanus debet intelligi de nova. Et forsitan est probabilior opinio Abulensis, quia propter quod est nullum quodque tale et illud magis. Sed nos credimus evangelio quia Ioannes dixit et ecclesia approbavit. Sed Durandus et Caietanus sunt intelligendi de ecclesia quae nunc est. Unde possumus tenere quod auctoritas ecclesiae loquendo de ecclesia antiqua est tanta vel maior quam auctoritas sacrae scripturae. Patet. Quia nos credimus sacrae scripturae, quia apostoli dicunt. Ergo magis credimus apostolis quia propter unumquodque tale. Sed apostoli cum aliis discipulis fuere ecclesia antiquorum. Ergo maioris auctoritatis fuit ecclesia antiqua quam sacra scriptura. Et sic opinio Abulensis quoad hoc est verior.

2. Domingo de Soto³

a) MÉXICO. Biblioteca Nacional. Ms. 940. fol. 16v (1525-1532)?⁴

[fol. 16v] 2^{um} dubium. Quae potestas est ista condendi articulum fidei. Scilicet an condere articulum sit recipere novam revelationem a Deo immediate. Respondeo quod non recipit revelationem ecclesia quando condit articulum fidei, sed solum mediate, scilicet habet potestatem eliciendi ex scriptura aliquid propositionem. In hoc consistit auctoritas ecclesiae, quod si scrutetur scripturas ad determinationem articuli non possit errare. Tamen si ecclesia velit aliquid determinare sine scrutatione scripturae, erraret.

Sed dicetis. Unde habemus certitudinem quod ecclesia non erravit in determinatione articuloorum. Respondetur quod certi sumus ex illo quod Deus promisit quod non deficiet fides ecclesiae auctoritas, quia quilibet qui freceit quod in se est et scrutaretur scripturas non permetteretur errare.

Respondetur quod falsum est; imo, si sancti ita fecissent diligentiam possibilem, si no essent in concilio possent errare, quod non est admittendum de ecclesia cum de fide sit quod ecclesia non potesta errare. Habemus ergo quod determinare articulum fidei non est recipere immediate revelationem a Deo. Sed auctoritas ecclesiae solum est mediate revelatio; id est, per revelationem apostolorum. Ex his sequitur 1^o quod condere sacram scripturam. Et sic tota ecclesai possit condere sacram scripturam cum ad hoc requiratur immediate revelatio.

b) PALENCIA. Biblioteca del Cabildo de la catedral. Mc. 13, fols. 266r-272r (1536)

[fol. 266r]⁵ Relectio reverendissimi P. fr. Dominici de Soto magistri circa *Primum Sententiarum* de sacro canone et eius sensibus habita Salmanticae. Anno a virgineo partu, 1536. [...]

[fol. 266v] [...] [Prima quaestio]⁶. In primo ergo puncto statuendum

³ Biografía y manuscritos, Cf. JERICÓ BERMEJO, I., *Sobre los comentarios salmantinos a la Secunda Secundae. Profesores y obras: Verdad y Vida* 64 (2006) 115-116 y 137-139.

⁴ Este manuscrito aparece sin fecha. En Salamanca explicó Soto este artículo décimo al comienzo del año 1539. La enseñanza del Ms. 940 existente en la Biblioteca Nacional de México pudo ser compuesto en los años en el que fray Bomínco residía en el convento de San Esteban de Salamanca; es decir, desde 1525 hasta finales de 1532, que fue cuando ocupó la cátedra de Vísperas de la Universidad de Salamanca.

⁵ PALENCIA. BIBLIOTECA DEL CABILDO DE LA CATEDRAL. Ms. 13,

⁶ Lo comprendido entre corchetes se halla al margen. Así ocurre siempre en el texto latino. En el texto castellano ocurre que se colocan a veces los corchetes para hacer mejor sentido a una frase. Así, en el texto castellano, hay que comprobar si esos corchetes que aparecen están

nobis est quisnam liber sit canonicus censendus; hoc est, quid requiritur ut sit canonicus. Et videtur disputatio nostra nomine ipso proficiscatur. Canon nomen graecum est quod latine redditum idem pollet quod regula, unde liber canonicus idem est quod regularis. Est enim membrum librorum ab ecclesia praescriptum qui divina pollet⁷ auctoritate cui numero nec addi quicquam potest nec subtrahi, ideoque catalogus ille librorum merito nuncupatur regula, et quicumque liber illic ascriptus dicitur regularis vel sub aliis nominibus catalogus ille dicitur canon, et liber appellatur canonicus. Quod fit ut apud theologos⁸ non valeat idem canon sicut apud canonistas, nam ipsi sententias sanctorum patrum et decreta vocant canones. Qua significatione nos etiam utimur sed in praesentia idem pollet liber canonicus ac si dicatis liber divinus, liber qui habet auctoritatem divinam. Unde librum canonicum solent sic describere: Liber canonicus est cui nefas⁹ atque haeresis est contradicere, immo cuius nihil quod illic assertum esset licet vel dubitare. Quam ut reor diffinitionem colligunt ex Augustino in epistola ad Hieronymum quaestione 19. Et habetur dist. 9 capite ego solis, ubi inquit ego solis eis scripturarum libris¹⁰ qui iam canonici appellantur didici hunc timorem honoremque deferre ut nullum eorum auctorem scribendo aliquid errasse firmissime credam. Sed esto ita sit quod ille sit liber pro canonico habendus, de cuius auctoritate dubitare non licet.

Est tamen dubium nostrum circa causam huius auctoritatis libri canonici. Utrum videlicet ut liber quisque sit canonicus requiratur quod sit revelatus a Deo. Nam id omnes pro comperto habent, et tamen videtur indignum expositione. Arguitur enim sic pro parte negativa. Primo, multa sunt in sacro canone quae fuerunt scriptoribus nota sine aliqua speciale vel spirituali revelatione. Hoc patet in historiis utriusque testamenti. Scripsit enim Moyses exitum Israel de Aegypto, peregrinationem deserti, quae propriis oculis vidit. Et Iosue ut fertur scripsit historiam suam. Item historia Iudicum, Regum, Paralipomenon, haec omnia sine revelatione fuerunt cognita. Item in novo testamento Matthaeus scripsit vocationem suam et praedicationem Christi. Et pariter Iohannes, quae omnia naturaliter conspexerunt. Et Lucas scripsit acta apostolorum. Et Marcus scripsit evangelium referente illi Petro, et Lucas

o no están en el texto latino. Si están, el texto corresponde a Soto. Si no lo están, corresponde el texto sólo al traductor.

⁷ Ms. polent.

⁸ Ms. theologus.

⁹ Ms. nephas.

¹⁰ Ms. libros.

referente Paulo, et ceteris apostolis, ut post Papiam antiquissimum auctorem scripsit Hieronymus in de viris illustribus¹¹ et omnes ita dicunt. Ergo illa non scripserunt ex revelatione. Unde Augustinus in principio statim primi libri de consensu evangeliorum non videtur fundare auctoritatem evangelistarum in revelatione aliqua, sed quia fideliter scripserunt quae viderant vel ab aliis audierunt, et adversus Faustum Manichaeum evertentem auctoritatem [fol. 267r] evangelistarum eodem utitur argumento.

Accedit ad hoc auctoritas ipsorum apostolorum. Nam Actuum 4^o Petrus et Ioannes. Non possumus (inquit) quae vidimus et audivimus non loqui. Et Ioannes in prima sua canonica capite 1^o: Quae vidimus et audivimus oculis nostris et manus nostrae contrectaverunt annuntiavimus vobis. Et Lucas in prologo sui evangelii dicit se narrationem rerum ordinare sicut tradiderunt (inquit) nobis qui ab initio ipsi viderunt et ministri fuerunt sermonis. Ecce quomodo sancti apostoli non referunt testimonium suum in aliam supernaturalem revelationem, sed quod testes fuerunt oculati. Quod si quis dixerit Christum ipsum revelasse illis in suam praedicationem fuisse revelationem, fatemur hoc posse dici de aliquibus supernaturalibus veritatibus. Nam fuit Ioanni in baptisate Christi revelatum quod esset verus filius Dei ut ipse testatur Ioannis 1^o. Et ipse Christus revelavit discipulis resurrectionem apparens eis, sed tamen aliorum quae naturaliter cognoscerat quid opus est revelare? Et confirmatur haec tandem. Si Iosephus vel quilibet alius historicus qui esset praesens scripsisset illam historiam, non esset scriptura canonica nec videtur maiorem revelationem habuisse Matthaeus de vocatione sua, quare ergo illa dicitur revelata et canonica magis quam si modo quis vellet facere historiam de bello punico aut gallico.

Et pro parte affirmativa est Paulus ad Hebraeos. Imprimis, multifaries multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis, novissime autem in diebus istis locutus est nobis per os sanctorum qui a seculo sunt prophetarum eius. Et 2^{ae} Petri 1^o: Non enim voluntate humana allata est aliquando prophetia sed Spiritu Sancto inspirante locuti sunt sancti Dei homines. Accedit eadem ratio, nam si scriptura non esset auctoritate Dei conscripta, posset falsum continere, quia omnis homo mendax Ps. 115. Sed scripturam sacram (ut diximus) appellamus cui non est fas contradicere. Ergo requiritur quod sit a Deo revelata.

Et dubium hoc submovimus ut exponamus qualis revelatio requiratur ut scriptura sit canonica. Ad quod rendemus tali distinctione. Revelatio dupliciter potest capi. Uno modo proprie pro infusione scientiae quae fit supernaturaliter. Hoc enim sonat proprium nomen revelationis sive fiat per infusionem habitus

¹¹ Ms. illustris.

ut in baptisate infunditur habitus fidei, sive species ut prophetis induebantur species repraesentantes futura, et quae distabant ab humana cognitione, sive utrumque infundatur sicut primoparenti est verisimile quod infusa fuerunt et species rerum et habitus scientiarum, sive sola notitia actualis ut forsitan Paulo in raptu. Omnes enim istae dicuntur proprie revelationes, immo predicatio ipsa Christi et Apostolorum de mysteriis fidei est vera revelatio.

Et de hac constituimus primam conclusionem. [Prima propositio] est. Non requiritur ut scriptura sit canonica ut sic hoc modo revelata. Hanc puto abunde¹² probatam inter arguendum. Alio modo accipitur revelatio, quae significantius dicitur inspiratio pio motu Spiritus Sancti quo scilicet movet aliquem scriptorum ad scribendum et servat ipsum ne possit errare.

Et est 2^a conclusio. [2^a propositio,] quod haec revelatio requiritur ad auctoritatem libri canonici v. g. Moyses et Matthaeus multa scripserunt quae naturaliter cognoverunt, attamen non fuerunt moti ad scribendum [fol. 267v] ratione humana sicut Iosephus v. g. et Livius, sed moti spirituali inspiratione Spiritus Sancti, et ideo tenebantur quantum ad voluntatem ne mentirentur, aliter scribendo quam noverant, et quantum ad intellectum ne laborerentur memoria. Nam saepe usu venit quod etiam oculati testes aliter referant res quae sunt gestae, ut constat de illis qui faciunt in theatro. Alii aliter referunt quod omnes viderunt et per haec non tam proprie dicitur revelatio. Patet, quia non est semper infusio scientiae, nec est solum circa intellectum sed circa voluntatem. Quapropter licet posset quoque dici revelatio, significantius tamen dicitur inspiratio, et ita Petrus inquit non voluntate humana sed spiritu sancto inspirante locuti sunt sancti Dei omnes; id est, Spiritu sancto movente voluntates.

Subsequitur 2^{um} dubium. Postquam non requiritur illa revelatio primo modo, utrum saltem sufficiat quaecumque revelatio ut liber sit canonicus. Et videtur quod sic. Nam videtur quod idem polleret liber revelatus et liber canonicus. Et respondetur per duas propositiones. Prima, revelatio primo modo quae est infusio scientiae supernaturaliter sicut non requiritur, ita non sufficit ut scriptura sit canonica. Probatur. Si Deus postquam revelavit Isaiae mysteria cuncta¹³ quae scripsit permisisset eum humano modo scribere, itaque licet fideliter cuncta narrasset, tamen humana virtute veritatis sicut scripsisset Cato et sicut scripsisset Hieronymus, non esset scriptura canonica, quia licet esset vera, tamen non haberet certitudinem divinam sed fallibilem. Ex quo sequitur quod revelatio isto modo est impertinens ad auctoritatem libri canonici licet saepe concurrat ut in prophetis et in apostolis.

¹² Ms. habunde

¹³ Ms cuncta.

2^a propositio. Revelatio 2^o modo sicut requiritur, ita etiam sufficit ad auctoritatem libri canonici, nam quidquid homo scripsisset Deo movente et inspirante licet illud cognovisset naturaliter, esset scriptura canonica dummodo recitaretur ab ecclesia tanquam pertinens ad fidem. Ubi notandum quod licet ipso modo esset revelata, Ecclesia non acceptasset, non esset scriptura canonica, quia ut infra videbimus, ad ipsam spectat determinare quae scriptura sit canonica, immo forse requireretur quod esset alicuius veritatis pertinentis ad fidem vel ad mores fidelium. Nam licet constaret modo quod Deus revelavit pastori in campo futurum aliquod exilium orbis vel bonam fortunam alicuius, non continuo esset scriptura canonica.

Et est 3^{um} dubium, quod continuo oritur ex dictis, utrum quicumque concursus Spiritus Sancti dummodo sit spiritualis motio, sufficiat ad auctoritatem libri canonici. Et particulariter movetur propter concilia generalia et propter decreta pontificum, adminus secundum s. Thomam et illos qui tenent papam non posse errare in his quae pertinent ad fidem. Sed loquamur de concilio legitime congregato ut omnes catholici conveniamus. Videtur enim quod acta concilii iuxta illa quae dicta sunt, sint etiam sacra scriptura, nam concurrat specialiter Spiritus Sanctus cum ecclesia ut non posset errare iuxta illud Lucae 22: Ego rogavi pro te ut non deficiat fides tua. Et Matth. 18.: Ubi fuerint duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum. Immo est determinatio ecclesiae quod concilium non potest errare.

Accedit auctoritas Gratiani, [fol. 268r] saltim ut ipse putat esse sententiam Augustini dist. 19. capite in canonicis, ubi ipse cum suis glossatoribus tenent quod omnes decretales sunt scripturae canonicae, nec possunt se excusare dicentes quod intelligunt improprie de scripturis canonicis. Nam Augustinus in illo loco unde sumptus est ille textus proprie loquitur de scripturis canonicis. Et hic aperitur illustris quaestio¹⁴ de auctoritate ecclesiae. Et primo, videbimus quod possit ecclesia circa scripturam canonicam et 2^o comprobabimus auctoritatem ecclesiae ad auctoritatem sacrae scripturae.

Quoad primum constituam 5 propositiones, etc. 1^a. Christus redemptor noster quicquid revelavit ecclesiae pertinens ad fidem revelavit per apostolos ita quod ecclesia tota quae fuit a tempore apostolorum usque ad finem seculi non potest aliud tenere de fide nisi quod apostoli praedicaverunt vel explicite vel implicite vel in doctrina quam ipsi approbaverunt tanquam de fide. Haec conclusio probatur primo ex ipso nomine apostoli, quod idem¹⁵ valet quod missus. Quo nomine censentur solum illi 12 qui particulariter missi sunt ad praedicandum doctrinam Christi iuxta illud apostoli 2^{ae} ad Cor. 5. Pro Christo

¹⁴ Ms. quo.

¹⁵ Ms quidem

legatione fungimur tanquam Deo exhortante¹⁶ per nos. 2^o comprobatur ex ipsa eorum electione Luc. 9. et Matth. 10: Convocatis Iesus 12. apostolis dedit illis potestatem et virtutem super omnia daemonia et ut languores curarent, et misit illos praedicare verbum Dei. Et Matth. ultimo: Euntes in mundum universum, docete omnes gentes baptizantes eos, ubi omnes doctores notant proprium esse apostolorum et ad illos pertinere solum praedicare doctrinam Christi.

Et ideo Ioannis 14. illis particulariter promissus est Spiritus Sanctus qui doceret eos omnem veritatem et Lucae ultimo stans in medio eorum dixit: Vos testes estis eorum quae in me complecta sunt et ego mittam promissum Patris mei in vos; vos autem sedete in civitate donec induamini virtute ex alto. Quem locum citat Lucas Actuum 1^o. Ecce illis particulariter promissus est Spiritus sanctus tanquam testibus Christi et ita illis particulariter est missus, ut habetur Actuum 2^o. Sed forte quis dubitat testimonia non satis intentum probare, nam episcopi succedunt apostolis ut auctor est Augustinus super illud Ps. 44¹⁷: Pro patribus tuis nati sunt tibi filii. Et habetur in canone quorum vias 6, 8^a distinctione et in concilio florentino. Ergo quicquid in evangelio dicitur proprie de apostolis communiter intelligendum est de omnibus episcopis. Et sic videtur quod saltem concilium potest facere scripturam sacram.

Respondetur verum esse quod episcopi succedunt apostolis, non tamen ad condendum novam fidem sed ad exponendum illa quae docti sunt ab apostolis et ad gubernationem ecclesiae, ita quod sicut apostoli nihil potuerunt praedicare nisi quod Christus docuit illos, ita nec ecclesia potest tenere nisi quae docta est per apostolos. Unde apostolus 1^{ae} ad Cor. 12. distribuens officia membrorum ecclesiae distincte dixit: Posuit quosdam apostolos, 2^o prophetas, deinde doctores. Apostoli et prophetae revelationes immediate recipiunt, sed doctores illa exponunt quae apostolis revelavit.

Et confirmatur haec nostra solutio. Nam si episcopi succedentes apostolis [fol. 268v] vel electi ab apostolis haberent potestatem quam habent apostoli; scilicet ut dictata sua haberent auctoritatem divinam praedicandi doctrinam novam, non opus fuisset Matthiam subscribi loco Iudae per immediatam electionem a Deo, sicut habetur Actuum 1^o. Oportet (inquit) ex his viris qui¹⁸ nobiscum sunt congregati in omni tempore quo intravit et exiit inter nos Dominus incipiens a baptismo Ioannis usque in diem qua assumptus est a nobis testes resurrectionis eius nobiscum fieri. Ecce testem oculatum dicit eligendum esse, et illum quidem divinitus, ita praedicati sunt Deum ut ipse eligeretur. Ergo ipsi non habent auctoritatem apostolorum.

¹⁶ Ms. Exortante.

¹⁷ Ms. 49.

¹⁸ Ms. quod.

Et confirmatur 2^o quia per opera pseudoapostoli moliebantur apud Galatas Paulum non esse verum apostolum quia non erat electus a Christo et ideo dicebant non esse habendam pro fide praedicationem eius. A quorum ipse calumnia sese compurgat comparando se aliis apostolis, et ideo incipit Paulus apostolus non ab hominibus nec pro homine, sed per Iesum Christum et Deum Patrem qui suscitavit eum a mortuis. Quorsum haec si alius quam apostolus haberet auctoritatem rectificandi fidem Christi. Unde apostolis¹⁹ tribuit Christus proprietates quae sibi erant propriae Ionn. 20.: Sicut misit me Pater et ego mitto vos. Et Ioann. 8. de se dicit: Ego sum lux mundi. Et Matth. 5. dicit: Vos estis lux mundi. Et dicit eos esse super candelabrum ut luceant omnibus qui in domo; id est, qui in ecclesia sunt; illos esse sal terrae et civitatem supra montem positam, quod etiam Christus opere ipso ostendit cum legem non immediate toti populo sed solis apostolis primo promulgavit per quos per orbem erat praedicanda, nam cum ascendisset in montem dicit Mathaeus quod accesserunt ad eum discipuli eius et aperiens os suum docebat eos dicens: Beati pauperes, quod Lucas etiam insinuavit dicens quod elevatis oculis in discipulos suos dicebat: Beati pauperes, instruens illos qui aliis essent praedicaturi, quod Paulus 1^{ae} ad Cor. 2^o docet dicens de sapientia divina quam nemo principum huius seculi cognovit. Nobis autem (inquit) revelavit Deus per Spiritum sanctum.

Habemus ergo solos apostolos esse per quos Christus revelavit immediate ecclesiae fidem suam, sed adiecimus in conclusione quod revelavit per solos apostolos vel per eos qui recepti et probati sunt ab apostolis, quod diximus propter Marcum et Lucam, unde Hieronymus in de viris illustribus. Et doctores dicunt quod Marcus scripsit quidquid a Petro doctus est et Lucas instruite Paulo a Deo ut sint qui suspicantur ut quando apostolus dicit ad Timoth. 2^{ae}, capite 2^o. Secundum evangelium meum intelligit de evangelio Lucae, sed hoc valeat quantum potest.

Est tamen hic dubium utrum Marcus et Lucas fuerunt immediate inspirati adeo ut, sicut apostoli, ad scribendum. Dicimus hic tria. Primum, quod fuerunt inspirati. Nam si solum fuissent inspirati per apostolos, non reputaret ecclesia evangelia eorum esse sua, sed potius apostolorum, quorum illi essent sicut notarii quemadmodum epistolam ad Romanos non ducit ecclesia pro epistola Tertii, [fol. 269r] sic enim vocabat notarium²⁰ apostolus qui scripsit epistolam ad Romanos ut habetur ad Romanos ultimo, sed pro epistola Pauli licet ipso dictante Tertius scripserit. Ita ergo evangelia Marci et Lucae non reputarentur sua nisi ipsi tanquam veri auctores scripserint. 2^o dico quod fuerunt forte

¹⁹ Ms. apostolus.

²⁰ Ms. notarius.

inspirati [per inspirationem apostolorum]. 3° dico sub censura hoc latius intelligentium quod fuit necessarium apostolos aprobasse sua evangelia ut haberentur pro canonicis. Alias ecclesia non potuisset habere pro canonicis nisi credidissent apostolis approbata. Haec sequuntur ex dictis quae diximus in probatione conclusionis quibus utcumque probavimus per solos apostolos Christum revelasse fidem.

Et confirmatur auctoritate Augustini, qui hoc ipsum videtur sentire libro 1° de consensu evangeliorum ne putaretur quod attinet ad praecipendum evangelium interesse aliquid utrum illi annuncient qui Dominum in carne apparentem secuti sunt, an hii qui ex illis fideliter comperta crediderunt divina providentia, procuratum est ut etiam his qui apostolos sequebantur quasi non essent recipiendi nisi apostoli comprobarent [hic sunt Marcus et Lucas]. Et capite 2° dicit quod propterea ecclesia locavit eos inter Matthaëum et Ioannem ut ab utroque latere committerentur. Et lib. 4. capite 8. reddens rationem quare ecclesia accepit Lucam et Marcum et alios reiecit dicit, quia eo tempore scripserunt quo non solum ab ecclesia, verum ab ipsis in carne viventibus apostolis probare potuerunt, sed ipse divus Lucas huic conclusioni attestatur. Quoniam multi (inquit) conati²¹ sunt ordinare narrationem quae nobis sunt rerum complete sicut tradiderunt nobis, visum est et mihi exordium tibi scribere. Immo Augustinus lib. 18 contra Faustum capite 4. dicit quod Paulum ipsum nunquam recepisset ecclesia nisi ipse invenisset²² apostolos in carne viventes, quibus communicando et conferendo evangelium suum eiusdem societatis esse aprobaret. Et ex hoc sumenda est una regula qua utitur ecclesia in recipiendis libris canonicis. Omnis enim liber qui receptus est ab ecclesia tanquam canonicus pertinens ad novum testamentum tenendum est pro certo quod vel est apostoli vel receptus ab apostolis.

Ecce 1^{am} conclusionem, scilicet quod quidquid Christus revelavit ecclesiae pertinens ad fidem revelavit per apostolos, quam conclusionem asserebat Augustinus lib. 1° de consensu evangeliorum capite ultimo. Quidquid ille, scilicet Christus, de suis factis et dictis nos legere voluit, hoc scribendum illis, scilicet apostolis, tanquam suis manibus imperavit. Et Hieronymus in minori breviatione exponens illud Ps. 86. Dominus narravit in scripturis populorum, sed addidit principium horum quae fuerunt in ea. Non (inquit) qui sunt in ea, sed principum qui fuerunt in ea, nempe apostolorum, ubi notat Hieronymus quod totus canon novi testamenti sit apostolorum vel saltim ab illis acceptus.

Huic 1^{ae} conclusioni apponimus 2^{am} scilicet quod id dictum est de apostolis in novo testamento, sentiendum est in veteri de prophetis. Non enim

²¹ Ms. cognati.

²² Ms. invenisse.

poterant quidquam tamquam de fide tenere nisi quod esset illis revelatum per prophetas. Quod nos docet Paulus ad Hebraeos 1^o: Multipharie multisque modis olim loquens in prophetis, novissime autem diebus his locutus est nobis in filio. Quasi dicat id quod nunc loquitur in filio per apostolos, tunc loquebatur [fol. 269v] per prophetas. Et ad Ephe. 2^o per prophetas et apostolos vocant fundamentum ecclesiae: Iam non estis hospites et advenae sed estis cives sanctorum et domestici Dei supraedificati, etc. Ac si dicat Christum esse fundamentum ipsum utriusque testamenti et per prophetas et apostolos esse fundamenta quae fundantur²³ in primo fundamento. Unde Augustinus super illud Ps. 86. fundamenta eius in montibus, etc., pulchre exponit generaliter Christus in hoc quod dicitur lapis angularis qui est in firmitate aedificii, est primum fundamentum, nam quod in aedificiis terrenis fundatur, profundius subiicitur egregio in spirituali aedificio, fundamentum est in supremo loco a quo alia pendent fundamenta, unde Christus in evangelio Matth. 5. docuit apostolos succedere prophetis ubi praemuniens ipsos ad tollerantiam persecutionum dixit: Sic enim persecuti sunt prophetas qui fuerunt ante vos. Quocirca divus Petrus in 1^o capite 2^{ae} canonicae quo iudaeis perspicatius exprimeret auctoritatem apostolicam comparat²⁴ prophetis. Habemus, inquit, firmiorem propheticum sermonem cui bene facitis attendentes sicut lucernae in caliginoso loco.

Et ideo ipsi²⁵ evangelistae usi sunt saepe auctoritatibus prophetarum. Immo Christus ipse redemptor noster discipulis euntibus in Emaus per expositionem prophetarum manifestavit veritatem redemptionis²⁶. Sed ut vera sit ista conclusio extendemus nomen prophetiae ad legem et psalmos, quae tria distinguit redemptor noster in Lucae ultimo. Necesse est (inquit) implere omnia quae scripta sunt in lege Moysi et prophetis et psalmis de filio hominis²⁷. Ergo quod per prophetas et apostolos revelavit Deus fidem utriusque testamenti. Unde Ambrosius libro 2^o de paenitentia capite 5^o: Apostoli (inquit) et prophetae os Dei.

3^a conclusio est. Non referebat ad fidem ecclesiae scripto an solo verbo revelaretur fides nisi ut firmius maneret in memoria. Volo dicere non esse minoris auctoritatis dicta apostolorum licet Ecclesia solo verbo teneret illam.

²³ Ms. fundatur.

²⁴ Ms. compara.

²⁵ Ms. ipsae.

²⁶ Ms. redentionis.

²⁷ Ms. coloca al margen de nuevo *hominis*. Es que, al parecer, lo escrito dentro del texto podía no ser rectamente entendido como *hominis*.

Haec ergo est contra istos haereticos modernos qui putant nihil ecclesia posse tenere de fide nisi quae est in sacra scriptura. Probatur conclusio paucis. Aliquando fuit ecclesia sine scriptura ut puta antequam Matthaeus aut Paulus scripsissent, et tunc tenebatur tanquam de fide illa quae postea scripserunt. Immo postquam Ioannes, qui fuit ultimus, scripsit, adiecit in calce sui evangelii. Sunt et alia multa quae fecit Iesus quae si scribantur per singula nec ipsum arbitror mundum capere posse eos qui scribendi sunt libros. Christus nusquam legitur praecepisse apostolis scribere quicquid, sed: Ite (inquit) et docete omnes gentes. In hoc quod dixit ite, insinuavit quod verbo praesentes deberent docere et non absentes per scriptum. Et confirmatur hoc quia Paulus ut est verisimile aliquas epistolas forte scripsit absentibus quas si posset praesentialiter adesse non scripsisset, quod insinuat ad Roma. 1^o: Nolo vos ignorare fratres, quia saepe posui venire ad vos et prohibitus usque adhuc. Et sic²⁸ videtur scripsisse epistolam quia non poterat venire, et ideo si venisset verbo docuisset²⁹ illa quae scripto docuit, quod esset subinde [fol. 270r] de fide. Unde 2^{ae} ad Thesalo. 2^o: State (inquit) et tenete traditiones quas didicistis sive per sermonem sive per epistolam. Irenaeus distinctio 9 capite 4 dicit quod multi barbari sine caracteribus tenent fidem.

3^o arguitur quia lex nova erat promissa, quae non in tabulis lapideis, sed in cordibus hominum scriberetur ut habetur Ieremiae 31: Dabo (inquit) legem meam in visceribus eorum et in corde eorum scribam eam. Et apostolus 2^{ae} ad Cor. 3^o: Epistola estis Christi ministrata a nobis et scripta non atramento, sed spiritu Dei vivi. Non in tabulis lapideis, sed in tabulis cordis carnalibus. Unde Chrisostomus in prologo super Matthaeum inquit: Oportuerat nihil nos indigere auxilio litterarum, sed tam mundam exhibere³⁰ vitam ut vice illarum gratia Spiritus Sancti uteremur; et deinceps docet propter malitiam hominum scriptam esse legem litteris, nam prius antiqua praecepta dedit Deus patribus Abraham, Isaac et Iacob non scripto, sed in cordibus quae munda tunc habebant sed crescente malitia hominum in tempore Moysi scripta est in tabulis lapideis.

Eodem modo ita in novo testamento. In primitiva ecclesia non fuit statim scriptura, quia lex scribenda erat in cordibus per Spiritum Sanctum, sed quando inceperunt pseudoapostoli, ceperunt scribere, et ideo quando Matthaeus abscedere volebat a iudaeis, rogatus ab illis qui crediderant. Reliquit illis in scripto praedicationem suam ut refert illic Chrisostomus et Heronymus in prologo super Matthaeum. Non ergo erat propter fidem necessaria scriptura. Sed

²⁸ Ms. si.

²⁹ Ms. docuisse.

³⁰ Ms. exhivere.

est dubium circa istam 3^{am} conclusionem, utrum licet non fuisset necessarium propter fidem, nihilominus in rei veritate scripta sunt iam omnia quae sunt tanquam de fide tenenda, vel utrum sint aliqua tanquam de fide in ecclesia quae solo verbo durant a tempore Apostolorum. Hic distinguamus certa a dubiis.

Sit 1^a propositio. Licet aliqua essent nondum scripta in ecclesia, dummodo ecclesia teneret tanquam tradita ab apostolis essent perinde tanquam de fide tenenda ac si essent scripta in evangelio. Haec dixerim contra istos haereticos oppositum dicentes, et hoc probatum est in 3^a conclusione principali. 2^{um} dictum sit quod non est dubium esse in ecclesia multas traditiones apostolorum quae non sint scripta in canone et sunt tenendae tanquam apostolorum licet non sint omnino de fide quemadmodum evangelium. Hoc docet Origenes homilia 3 super Numeros ubi dicit multas esse caerimonias in ecclesia quas a pontifice Christo et filiis eius traditas et commendatas suscepimus ut orare genibus flexis ad orientem, exorcismi et cathecismi in baptismo et aliae id genus caerimoniae in administrandis sacramentis, quas verisimile est a tempore apostolorum enarrasse in ecclesia. Idem dicit Dionysius capite 1^o ecclesiasticae hierarchiae; scilicet quod doctrinas et praeceptiones Apostoli multas³¹ partim scriptis, partim non scriptis, tradiderunt nobis. Item Cyprianus et Hylarius quos refert Rofensis veritate 9^a adversus Lutherum.

3^{um} dictum est quod posset ecclesia aliquid [fol. 270v] tanquam de fide per articulos exprimere quod non sit expressum et sit implicite contentum in sacra scriptura. Hoc probabimus statim conclusione 5^a 4^{um} dictum est veniendo ad punctum quod forsitan tanquam de fide proprie nihil tenet ecclesia quae non sit vel implicite vel explicite in sacro canone, sed est de per accidens quod sint scripta omnia, quia nihilominus essent de fide, et dicimus quod providentia Spritus Sancti factum est ut omnia munda, omnia mundarentur scripto propter haereticos homines. Hoc sic mihi persuadeo. Primo, quia ecclesia propter sacrum canonem nihil tenet tanquam proprie de fide nisi 14 articulos fidei et illi omnes sunt in sacro canone vel expresse vel implicite. 2^a. Confirmamus hoc dictum auctoritatibus Augustini et Hieronymi supra citatis. Ait enim Augustinus: Quidquid Christus de suis factis et dictis nos legere voluit, hoc scribendum apostolis tanquam suis manibus tradidit. Et Hieronimus super illud in scripturis populorum dicit quod Dominus narravit non verbo, sed scriptura. Et sic videtur quod tota fides sit in scriptura iam posita, cui sententiae videtur subscribere Ubaldensis, tomo 1^o, libro 2^o, capite 20. et 21., nam dicit quod non potest ecclesia novam scripturam canonicam condere, et intellexit³² quod non potest declarare esse aliam scripturam apostolorum nisi quae iam est recepta.

³¹ Ms. multas.

³² Ms. intellexit.

4^a conclusio principalis est quod ecclesia non potest facere scripturam canonicam. Haec sequitur ex prima, nam si quidquid Deus revelavit ecclesiae revelavit per apostolos, non potest ipsa aliam novam condere tanquam de fide. 5^a conclusio et ultima est quod ecclesia accipiendo pro tota ecclesia exclusis apostolis habet auctoritatem determinandi dubia quae sunt in sacra scriptura et exponendi novos articulos fidei eliciendo illos ex sacra scriptura. Haec late patet apud auctores qui scripserunt contra Ubicleftistas, et nunc adversus lutheranos, qui haeretici putant nullum dubium ecclesia posse terminare, sed quod est expectanda revelatio Spiritus sancti ut dicebat Ubiclef sermone 45. referente Ubaldense tomo 1^o libro 2^o. Et quia non intendimus hic disputare contra istos haereticos, paucis declarabimus conclusionem.

Primo, Matthaei 28: Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi; et Ioannes 14: Ego rogabo Patrem et alium Paraclitum dabit vobis ut maneat vobiscum in aeternum. Ad quid promisit se et Spiritum sanctum nobiscum permansuros nisi potissimum ad exponendum sacram scripturam quam ipsi revelaverant? Et ratione probatur adversus istos, quia Christus salva conditione hominum non potuit doctrinam adeo clarissima tradere quin a diversis varie intelligeretur. Nam haec est conditio humana ut sicut tot sensus quot capita. Unde ex sacra scriptura male intellecta variae haereses creverunt in ecclesia, ut ex illo (Pater maior me est) conclusit Arianus Filium non esse [fol. 271r] consubstantialem Patri, et ex alio: Ego et Pater unum sumus, colligit contrarium Sabellius: non esse personaliter distinctos. Ergo necesse fuit quod maneret in ecclesia certa regula ad illa dubia terminanda. Alias posset³³ deficere fides contra promissionem Christi: Ego rogabo pro te ut non deficiat fides tua. Et hanc regulam non potest alius fingi nisi vel papa qui est vicarius Christi, vel ecclesia legitime congregata cum papa. De hoc non disputamus modo.

Nam si esset expectanda nova³⁴ revelatio, ut dicebant illi haeretici, vel erat expectanda ut singulis suppositis ecclesiae fieret revelatio, vel quod fieret uni cui alii crederent. Non primum, quia hoc esset fatuum dicere, quod singuli deberent expectare revelationem. Et si 2^{um} vel esset de fide quod ille cui fit revelatio non posset decipere alios, vel non. Si non esset de fide, quam certitudinem habemus quod ille non mentietur? Nam Mahometus etiam asserebat sibi esse a Deo revelatam sectam suam. Si autem esset de fide quod ille non posset³⁵ decipere, certe non potest esse alius nisi vel vicarius Christi cui promisit Christus quod non deficeret fides sua, vel tota ecclesia de qua dixit

³³ Ms. posse.

³⁴ Ms. noba.

³⁵ Ms. posse.

quod ubicumque fuerint duo vel tres in nomine eius congregati, ibi esset in medio eorum. Hoc etiam confirmatur ex usu ecclesiae quae in concilio nicaeno et in Cosntantinopolitano³⁶ determinavit certos articulos contra diversos haereticos tanquam de fide. Late corroborat hanc conclusionem dominus Ubaldensis tomo 1º libro 2º capite 19. Unum tamen volo admonere quod asserit illic capite 22. Ait enim quod licet ecclesia potuit antea condere novos articulos, tamen iam non potest quia iam adducta est ad aetatem perfectam.

Hoc tamen bona venia gravissimi doctoris dixerim. Non video quomodo sit verum. Nam si propter necessitatem diversorum haereticorum in ecclesia illi articuli sunt conditi, ut puta de consubstantialitate divinarum personarum de divinitate Christi, nescio quare si modo insurgant novae haereses, quare non possint condi novi articuli, ut v. g. si nunc in concilio futuro determinaretur tanquam articulus quod Christus est realiter in sacramento contra illos haereticos qui hoc negant ecclesiae. Ergo. De illo dubio 3º. Utrum ecclesia posset³⁷ condere sacram scripturam, negamus enim quod possit. Ex quo sequitur corollarium contra illum textum Gratiani falso desumptum ex Augustino dist. 19. capite in canonicis, et contra canonistas, quod propter ipsum sunt decepti dicentes quod decretales et concilia sunt scriptura canonica.

Sequitur in contrarium quod nec decretales nec concilia sunt scriptura canonica. Hoc satis probatum est iam. Et adhuc confirmatur, nam scriptura canonica invariabilis est et inmutabilis omnino, sed decretales et acta concilii possunt et debent iuxta temporum varietatem mutari. Et confirmatur hoc quia acta concilii sunt nonnumquam de rebus non tanti momenti, ut puta pertinentibus ad aliquas caerimonias ecclesiae vel personarum ecclesiasticarum, quae perinde solent per consuetudinem abrogari. Immo quae sunt [fol. 271v] maioris momenti abrogantur, ut antiquae paenitentiae quae antiquitus gravissime iniungebantur pro peccatis. Impietas est dicere quod sacra scriptura per aliquam consuetudinem abrogetur. Et de decretalibus est adhuc apparentia minor, nam licet de concilio legitime congregato cum papa communis sit omnium consensus ut errare non posset³⁸, tamen non habetur pro haeretica opinio dicentium quod papa potest errare etiam ut papa, licet iam forte non sustineret papa hanc opinionem, sed quod pluribus opus est. Nusquam vel in concilio vel in decreto pontificis, nec apud aliquem sanctum patrem, connumerantur concilia vel decretales inter libros canonicos, ut est videre in concilio laudicaeno, carthaginensi, florentino, ubi libri canonici

³⁶ Ms. Epheso.

³⁷ Ms. posse.

³⁸ Ms. posse.

numerantur. Et Gelasius in canone sancta³⁹ romana, 15. distinctione, post sacram scripturam collocat sacra concilia.

Unde ad textum Gratiani in capitulo in canonicis dicimus quod est falso et mendosissime desumptus ab Augustino, nam verba Augustini 2º de doctrina Christiana capitulo 8 unde textus ille desumptus est. Sic habentur in canonicis scripturis ecclesiarum catholicarum. Quamplurimum indagatur scripturarum auctoritas⁴⁰. Sequitur. Inter quas, scilicet ecclesias, sane illae sunt quae⁴¹ apostolica sedis litterae et ab ea aliae meruerunt accipere relativum quas; apud Augustinum refert ecclesias et apud Gratianum refert epistolas; et ideo compulsus est totam litteram pervertere ut palam est conferenti textum Augustini et textum Gratiani, et ideo lapsus est in hunc errorem ut non solum epistolas romanae ecclesiae crederet esse canonicas, sed etiam quas romana ecclesia recipit ab aliis ut si aliquis episcopus scripsit papae illa habebitur pro canonica. Sed tamen postquam cepit esse apud ipsos, opinio erit semper licet videant manifestissimum errorem in littera, et licet Gratianus habuisset⁴² mendosum librum, debuisset⁴³ notare verba quae sequuntur Augustini, nam statim declarat in particulari qui sunt libri canonici et recenset omnes libros qui sunt in biblia, nec meminit conciliorum nec decretalium. Sed satis est de hoc ad momentaneam declarationem.

Ad argumentum quod ecclesiae concilia et decreta sint scriptura canonica dictum est supra ad auctoritatem libri canonici non opus esse alia revelatione quam motione Spiritus Sancti speciali et manutenentia ne scriptor posset errare. Sed ita concurrat cum concilio. Ergo. Ad hoc dicimus quod ad auctoritatem libri canonici requiritur immediata revelatio, id est quod non praecedat per aliam revelationem nec more humano. Ita enim scripserunt evangelistae non quod colligerent ea quae scripserunt ex alia scriptura per disputationem et inquisitionem. Sed concilium non recipit revelationem immediatam, sed requiritur a Spiritu sancto ut exponendo sacram scripturam vel inde eliciendo aliquas conclusiones non errent. Sed contra, quia etiam evangelistae [fol. 272r] usi⁴⁴ sunt testimoniis prophetarum in concilio Actuum 15. Ad confirmanda

³⁹ Ms. santa.

⁴⁰ Ms. auctoritatem.

⁴¹ Ms. quas.

⁴² Ms. habuisset.

⁴³ Ms. debuisset.

⁴⁴ En el folio 271v se indica que la palabra primera del folio siguiente (272r) es *usi*; pero se escribió la primera palabra *ubi*. No hay duda que es una equivocación y debía haberse escrito *usi*, que es lo que aquí se pone. Además, alguien colocó una *s* encima de la *b* de *ubi*, como para llamar la atención de que debía leerse: *usi*.

decreta concilii etiam usi sunt testimoniis scripturarum ut puta Amos 9: Post haec revertar et reaedificabo tabernaculum David. Et hoc non obstante illud concilium est sacra scriptura. Idem Paulus ad Gala. 4. exponit illud quod Abraham habuit duos filios, exponit tanquam allegorice de duobus testamentis et ille sensus habetur pro canonico non alias nisi quia regebatur a Spiritum sancto ne errare posset in illa expositione. Ergo cum etiam non posset⁴⁵ errare adminus si utatur sacra scriptura, sequitur quod poterit exponere sacram scripturam taliter quod illa expositio sit scriptura canonica.

Dicimus ad hoc quod apostoli et evangelistae utebantur testimonis prophetarum de per accidens ita quod nihil minoris auctoritatis haberent licet nihil citassent, sed citabant ad condendas scripturas sicut Christus ipse utebatur etiam eisdem scripturis, vel ad confundendos iudeos, vel ad condendum quomodo omnia in figura contingebant illis. Sed ecclesia debet uti scriptura de per se ita, quia si concilium vellet aliquid determinare non modo humano disputando circa sacram scripturam, certe errasset, et sic sua revelatio non est immediata. Et per idem dicimus ad 2^{um} quod Paulus non elicuit illum sensum allegoricum more humano per aliam scripturam. Ecclesia tamen non posset exponere unam scripturam nisi per aliam, vel utendo disputationibus et rationibus naturalibus sapientium, et ideo sua scriptura non est canonica licet sit expositio sacrae scripturae nisi determinet illum tanquam articulum contentum in sacra scriptura.

Ex quo sequitur alia differentia. Quod in quocumque sensu apostolus citat aliquam auctoritatem, est de fide quod ille est verus sensus. Non tamen sic de ecclesia nisi determinet tanquam articulum. V. g. in concilio florentino citatur illud Iacobi: Infirmatur quis in vobis, inducat presbyteros ecclesiae ad corroborandum sacramentum extremae unctionis⁴⁶. Non est de fide quod ille sit sensus auctoris licet sit determinatio ecclesiae quod illud sit verum sacramentum. Ultimum argumentum potest fieri hic quod videtur ecclesia tenere multa de fide quae non sunt in canone ut perpetuam virginitatem Virginis, purgatorium, et alia id genus. Dicimus quod omnia illa sunt in sacra scriptura iuxta expositionem ecclesiae temporibus apostolorum, sed hoc longiorem tractatum exposcit.

c) ROMA. Biblioteca Apostolica Vaticana. Ott. lat. 782, fol. 66v/295v (1539)

[fol. 66v/295v] [...] Habemus ergo primum. Quod ecclesia instituere articulum non est recibere novam revelationem. Ex quo sequitur 2^o quod

⁴⁵ Ms. posse.

⁴⁶ Ms. untionis.

determinationes ecclesiae non sunt sacra scriptura. Noc vero connotat sacra scriptura, quod sit inmediate revelata a Deo. Revelatio autem Ecclesiae non est inmediate a Deo, sed per sacram scripturam. Et ideo revelatio apostolorum, puta sacra scriptura se rehabet sicut principium respectu revelationis ecclesiae.

3. Bartolomé Carranza⁴⁷

a) ROMA. Biblioreca Apostolica Vaticana. Vat. lat. 4645, fol. 18r-19v (1540-1541)

[fol. 18v] [...] 4^a questio⁴⁸ erat an sacrae scripturae essent infallibilis regula ad fidem christianam. Ad hoc supponamus omnes libros qui sunt in sacro canone esse regulam infalibilem quia dictati sunt a Spiritu Sancto. Quod hic habetur dubium est utrum sacra scriptura sit prima regula per quam pontifex et concilium regulentur in diffiniendis rebus fidei vel ecclesia et pontifex sit regula per quam sacra scriptura reguletur.

Et videtur quod sacra scriptura sit prima regula, quia credimus per revelationem. Sed quae continentur in sacra scriptura sunt a Deo revelata omnia. Ergo sacra scriptura est prima regula. In oppositum est autoritas d. Augustini: evangelio non crederem⁴⁹ nisi comendaretur autoritate ecclesiae. Ergo ecclesia est prima regula.

Ad hoc respondetur primo quod aliqui dixerunt sacram scripturam fuisse primam regulam. Hoc tenuit Lutherus cum germanis, et quod sumus pontifex et concilium sunt audiendi in rebus quae probantur per sacram scripturam et non aliter, quia per sacram scripturam fit revelatio. Sumus autem pontifex et concilium non sunt apostoli nec prophetae, quibus fiat revelatio. [fol. 19r] Probant⁵⁰ hoc ex Deut. ubi dixit dominus quod facerent iudaei quae docerent sacerdotes iuxta legem. Ergo summi pontifices quaecumque praecipunt debent praecipere iuxta sacram scripturam.

Sed omissa hac opinione quamvis habeat aliquam apparentiam, respondetur quod ecclesia est prima regula et sacra scriptura debeat per eam regulari et non e contra. Hanc conclusionem probat Ioannes Equio in enchiridio in principio. Probat evidentibus argumentis quae faciunt fidem mihi. Primum. Christus

⁴⁷ Biografía y manuscritos, Cf. JERICÓ BERMEJO, I., , *Sobre los comentarios salmantinos a la Secunda Secundae. Profesores y obras: Verdad y Vida* 64 (2006) 118-119 y 141-142.

⁴⁸ En la transcripción de este camuscrito se ha querido reproducir lo más posible el texto tal como aparece. Por eso, no se ha transcrito. 4.^a *quaestio*, sino 4^a *questio*.

⁴⁹ Ms. crederent.

⁵⁰ Sigue palabra tachada.

redemptor missus a Patre creavit ecclesiam et nullum constituit librum, nec praecepit apostolis ut scriberent. Et tamen tunc erat ecclesia. Solum dixit: praedicate evangelium. Non dixit scribite. Ergo.

Item quia evangelium lex nova non est lex scripta, sed vocalis predicatio. In hoc differt a lege veteri. Probatur Jer. 31: Post dies illos, dicit dominus, ego dabo legem meam scriptam in cordibus eorum. Ergo etc. Item Pau. ad Hebr. idem probat. Item ad Cor. 2 cap. 3: Epistola mea vos estis. Ergo etc. Potestis consulere d. Chrisostomum super Matth. homilia prima ubi hoc probatur elegantissime.

2º probatur quia ecclesia est antiquior scriptura. Ergo ecclesia est prima regula. Antecedens patet. In lege veteri antequam esset scriptura erant boni veri in ecclesia. Item in lege nova erant apostoli et nulla erat scriptura.

Item confirmatur quia scribere succedentes habebant auctoritatem ab scribentibus, scribentes autem habebant auctoritatem ab ecclesia, quia erant membra ecclesie. Ergo ecclesia est prima regula.

Item confirmatur ex Deut 17⁵¹. Dixit dominus: cum dubium aliquid decurrerit⁵², accedite ad sacerdotem, etc. ecclesiae. Non dixit: accedite ad legem, sed ad sacerdotem, tanquam ad verum iudicem. Ergo etc.

Item arguitur. Ecclesia visa est facere aliquid contra scripturam et praeter scripturam. Ergo maioris auctoritatis est ecclesia. Antecedens patet quia scriptura praecipit baptizare in nomine Patris et Filii et Spiritus sancti. Oppositum autem factum est in ecclesia quando aliquando baptizavit tantum in nomine Christi. Ergo etc.

Item, quia scriptura [Actuum 15]⁵³ praeceperat quod gentes abstinerent a suffocato. Modo autem hoc non fit. Ergo. Item scriptura dicit: sabbatum sanctificabis. Ecclesia autem mutavit sabbatum in diem dominicum. Ergo etc. [fol. 19v] Item dominus dicit: non veni solvere legem, sed adimplere. Apostoli autem dixerunt omnia legalia cessasse⁵⁴. Ergo etc.

Praeterea multa sunt quae pertinent ad legem christianam quae non sunt in scriptura, ut de descensione domini ad inferos⁵⁵, de procesione personarum in divinis. Ergo etc. Confirmatur, quia sunt multa quae pertinent ad fidem quae nec expresse nec obscure continentur in sacra scriptura.

⁵¹ Ms. 37.

⁵² Ms decurrerit.

⁵³ Al margen derecho, con indicación.

⁵⁴ Ms. cessase.

⁵⁵ Ms inferis.

Probatur quia Thes.⁵⁶ 2 epistola cap. 2^o inquit Paulus: Habete quae diximus vobis, sive per sermonem sine per epistolam. Ecce dixit per sermonem, ergo etc. Item Ioan. 2 canonica: Plura habens ad vos scribere nolui dicere per cartam nec atramentum, quia spero venire ad vos et [os ad os loqui vobis. Ergo multa habet ecclesia non a sacra scriptura]. Et hoc dicit Inno. de celebracione missarium cap. cum Marthae.

Manet ergo probatum quod ecclesia est prima regula. Hinc infertur quod graviter errent qui in pertinentibus ad fidem et bonos mores petunt auctoritatem sacrae scripturae quae hoc expresse asserat. Sint haec satis in hac 4^a quaestione.

b) Secunda controversia (1546)⁵⁷

[p. 694a] Secunda controversia. An idem pondus habeant divinae scripturae. Ad secundam dubitationem respondetur esse secundum principium nostrae fidei, canonicam scripturam. [...] [p. 695b] [...] Ad praedicta consequitur nova difficultas. Quando certum est has duas esse regulas in rebus fidei, canonicam scripturam et sine scripto ecclesiasticam traditionem, utra istarum sit prior, et utra reguletur per alteram: scriptura canonica per ecclesiam, vel ecclesia per scripturas, in definiendis, et distinguendis his, quae ad fidem, et religionem christianam.

Videtur secundum quod ecclesiam per scripturas, quia prima radix fidei est revelatio, quae fit a Deo; sed ea, quae continentur in scripturis sunt immediate revelata a Deo; ergo illa erit omnium prima regula.

In contrarium est quod dicit Augustinus: Evangelio non crederem, nisi auctoritate ecclesiastica commendaretur. Ergo auctoritas scripturarum est ab ecclesia, non tamen e contra.

In hac difficultate aliqui catholici voluerunt dicere quod nunc paedicant Germani, quod scriptura sacra est prima regula, a qua oritur auctoritas ecclesiae, et quod si aliquod determinatum fuerit in ecclesia, et illud fuerit ex sacris scripturis probatum, in illis credendi sunt pontifices, non est immediate facta revelatio.

Confirmatur. Deut. 17. habetur quod, si iudices, ubi aliqua iuxta legum Domini preceperint, aut determinaverint audiantur a populo. Hinc colligunt: [p. 696a] Ergo non solum tenemur audire iudices, et concilia quando probant ex lege quae dixerint. Et sic intelligendum est illud: Qui vos audit, me audit, etc.

⁵⁶ Ms. Thi.

⁵⁷ Cf. CARRANZA, B., *Quattuor controversiarum de auctoritate ecclesiae, scripturae, opontificis et conciliorum explicatio*, iuxta editionem venetam anno 1546. (Ad sacrosnacta concilia a PH. Labbeo et G. Gossartio edita appatatus alter, XXIII -Venetiis 1728- 601.716).

Nos autem dicimus quod prior regula, et notior et multo latior est ecclesia, quam scriptura canonica, et haec per illam debet regulari, et non e contra. Hoc evidenter demonstrat Iohannes Echius in suo Enchiridio. Primo. Christus redemptor noster instituit ecclesiam, et post illum assumptum, ecclesia erat in terris quando nulla stabat scriptura, exceptis his, quae ad vetus testamentum pertinebant, et ab ecclesia accepimus scripturas. Ergo ab ecclesia habent aliquam originem scripturae.

Probatur haec. Christus nihil scripsit, nihilque scribendum mandavit Apostolis, aut discipulis, sed Matth. 18. dixit: Euntes, docete omnes gentes servare quaecunque mandavit vobis. Et Marc. ultimo: Euntes in mundum universum praedicate Evangelium, etc. Docete igitur et praedicate iussit sicut Apostoli, non scribere.

Confirmatur. Quoniam evangelium non est scriptura, sed vocalis annunciatio, sed cum audis evangelium, cave imagineris tractari de Matth. Marci, Lucae, aut Iohannis scripturis, quae tunc nullae erant, sed illud bonum et laetum nuntium, quod ascensus ad Patres mandavit Christus Apostolis praedicare omni creaturae, quod evangelium unum est. Evangelium enim bonum nuntium significare omnibus notum est, sed non pro quocumque nuntio redentionis et salutis aeternae, quae provissa fuit patribus, adumbrata in lege, pronuntiata in prophetis, et tandem in plenitudine temporis exhibita ab uno Christo, ad quam annunciandum orbi universo mittebantur Apostoli.

Secundo. In hoc differt lex vetus et nova, quod illa constat in scripturis, haec autem non. Ideo Hier. 31. distinguens hanc legem ab illa, dicit: Hanc scripturam in visceribus hominum, illam vero in tabulis lapideis. Sic: Dabo legem meam in visceribus eorum, et in cordibus eorum scribam eam, etc. Hoc demonstrat magis Paul. Hebrae. 8. et 2. Cor. 8: Epistola mea vos estis, non in tabulis lapideis, etc. Consule Chrysost. homilia prima, super Matth. Igitur si evangelium non est scriptura, non erit prima regula in rebus fidei scriptura.

Confirmatur. Ecclesia est antiquior omnibus scripturis, ante enim quam Dominus daret legem Moysi, iam erat ecclesia, nam post octo annos a passione Christi, primus scripsit Matthaeus, et ante illum erat ecclesia: ergo non regulabatur per scripturas.

Tertio. Scriptura superviventes ecclesiae acceperunt robur ab illa. Probatur, quia scriptores erant membra ecclesiae in quibus non poterat esse maior auctoritas, quam in ipsa ecclesia: sed scriptura Matthaei habebat auctoritatem ab illo: Matthaeus autem, sive Iohannes, sive Paulus ab ecclesia. Ergo iudex omnium est ecclesia, non scriptura aliqua.

Confirmatur. Quare Petrus viva voce docuerat, a subsequentibus Marci scriptis, non accipiebant auctoritatis robur, aut veritatis aliquod testimonium,

sed contra magis haec ab illis: quia scripta Marci Apostolicae praedicationi, et doctrinae inveniebantur conformia, habebantur rata.

Secundo confirmatur. Deut. 17. Non dicitur: Consule legem, ubi quaestio, vel controversia aliqua [p. 696b] quod nata fuerit, sed consule iudices, qui dicunt tibi veritatem. Ergo ab ipsis est quaedam veritas, non a lege.

Quarta. Ecclesia visa est aliquando facere contra scripturas, et aliquando praeter scripturas: ergo ipsa est regula eorum, quae traduntur in scripturis. Antecedens patet, quia in scriptura tradebatur exercendus baptismus sub hac forma: Ego te absolvo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, etc. Tamen Apostoli baptizabant in nomine Iesu Christi, ut traditur in actibus Apostolorum. Ergo credimus ecclesiae contra formam scripturarum.

Est enim verum quod id fiat dispensante auctore earum legum. Vel quod magis credo, simul baptizarunt in nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti, ut nunquam omiserint verba Christi in usu huius sacramenti. Adhuc confirmatur, quia in scripturis mandatur cavendum a suffocato, et sanguine, et tamen per ecclesiam abrogatum est illud mandatum: ergo Ecclesia visa est habere priorem auctoritatem quam scripturam. Item traditione ecclesiastica observatio sabbati mutata est in diem dominicam.

Quinto ecclesia determinavit multa, quae non habentur in scripturis expresse, ut de descensu ad inferos, et alia multa, quae ad ritum sacramentorum, et ecclesiasticam disciplinam pertinent.

Item in ecclesia sunt et alia, quae nec expresse, nec obscure habentur in scripturis. Sed constat ex sola traditione Apostolorum, et non ex aliqua scriptura. 2. Tessal. 2: Tenete traditiones, quas didicistis sive per epistolam, sive per sermonem. Et ad Corinth. 11: Cetera cum venero disponam, et Ioann. ultimo: Multa sunt alia quae non sunt scripta in libro hoc, etc. Item de cele. Miss. c. cum Matthae. Habentur haec eadem ex Innocentio III. Cyprianus sermone de ablutione pedum hoc idem dicit: Nec minus ratum est, quod dictante Spiritu sancto tradiderunt apostoli, quam quod ipse tradidit Christus. Praecepta etiam suus Tertulianus in lib. de Corona militis, scribit quanta habent ecclesia susceptione: Non est permittendum haereticis ab ecclesia ad scripturas provocare. Idem et Irenaeus lugdunen. Archiepiscopus ipso Tertulliano vetustior, adversus Valentinianum, ceteroque sui temporis haereticos dimicans.

Si fusius videre velis ad quae multa se extendat ecclesiasticae traditionis auctoritas, ad quae non se extenderent scripturae, consule Basilium lib. de Sp. S. cap. 17 et 29.

Hac amusi, scilicet traditione ecclesiastica, discernebant sancti patres doctrinam Apostolicam, a falsa et subreptitia doctrina. Hac admissum est evangelium scriptum sub nomine Petri a Serapione Antiocheno episcopo, ut tradit Eusebi. 6 lib. historiae suae.

Sic habes christiane lector, non solum non inferiorem, non solum parem, sed quodammodo superiorem, et notio rem ecclesiae auctoritatem autoritate scripturarum, et Augustinud: Evangelio non crederem nisi, etc. Quod a quovis vere Christiano dici, sentireque oportet.

4. Melchor Cano

a) BARCELONA. Biblioteca de la facultad de San Cucat. Ms. B , fols. 17r-17v (1543-1544)

[fol. 17r] [...] [Dubium egregium.] Consequenter est dicendum cum concilia habeant sequi notiva exteriora in definiendis rebus fidei quia scilicet non habent revelationem interiorem an sacra scriptura sit regula ecclesiae.

In definitione huiusmodi quaestionum, an etiam praeter sacras literas aliam sequantur regulam vel auctoritatem vel motivum. Et suadet primum, quia esse revelatum a Deo est prima ratio credendi. Sed concilio aut papa nulla fit revelatio nova. Ergo solum oportet fidem adhibere his quae a sacris literis et sacris scriptoribus scripta sunt. In contrarium est quod multa habentur in ecclesia certa quae in sacra scriptura non habentur expressa.

Ad hoc dicunt lutherani iudicem primum in nostra fide esse sacram scripturam ex quo inferunt unum corollarium: quod nihil summus pontifex valet definire nisi vel sacris literis sit expressum, nec illi est credendum nisi ex sacrarum literarum testimonio probent quia non est propheta nec evangelista. Ergo ex iam revelatis opus est definire credenda. Confirmatur quia Deut. 17 dicitur: Facies quaecumque docuerint te iuxta legem domini. Ergo si non definitur quid a concilio iuxta legem Domini, fidem meam illi alligari non est necessarium. Pro plena huius quaestionis decissione statuemus aliqua fundamenta quae hactenus aliqua fundamenta quae hactenus negare non potest.

Primum est Christum nullum librum scripsisse, imo nec praecepisse quod scriberetur. Matth. 27.: Euntes. Non dixit, scribite, sed, praedicate. Et Ieremiae 27: Pos illos dies, dicit Dominus, dabo legem meam in visceribus eorum, et in cordibus eorum scribam ea. 2^a Cor 3^o: Epistola estis Christi administrata a nobis et scripta non atramento, sed spiritu Dei vivi, non in tabulis lapideis, sed in tabulis cordis carnalis. Ecce discrimen legis antiquae et novae, utraque in monte data est. Utraque per mediatorem populo. Sed illa vetus scripta tabulis lapideis.

2^{um} est ecclesiam esse antiquiorem scriptura. In veteri testamento notum est. In novo quoque certum est. Theophilactus circa exordium Matth. asserit Matth. evagelistam scripsisse post 8 annos ascensionis Christi. Iohannes post

22. Beda autem supra id: Hic est discipulus ille qui scripsit haec. Putat post 65 ascensionis Christi esse Ioannis evangelium scriptum.

3^{um} est. Sacra scriptura non est autentica sine ecclesiae auctoritae, quia scriptores sunt membra ecclesiae et ex auctoritate loquentis pendet scribentis auctoritas. Postremo quia unde habes hoc evangelium esse Ioannis, illud Matthaei. Item hoc esse a Deo revelatum Bartholomaei et Nicodemi non esse revelatum. Quocumque Augustino confiteri necesse est. Evangelio non crederem nisi me ecclesiae commoveret auctoritas.

4^{um} est. Ecclesia est iudex scripturarum. Patet primo ex fundamento iam facto. Cum enim unum evangelium recipit, alterum reiicit, fit ex consequenti ut de scripturis iudicet an scripturae sint vel non. Deinde quia Deut. 17: Si difficile et ambiguum. Non dixit: Vide legem. Sed: Ascende et interroga sacerdotem. Propterea quia haeretici fere omnes admittunt scripturam, sed ad sensum suum eas trahere nituntur. Arrium ferunt 42 locis [fol. 17v] locis scripturae sua dogmata confirmasse. Necesse est ergo de intellectu vero scripturae habere iudicium, quia lex est iudex mortuus et de legis intellectu saepe disputatur ipsaque iudex sui esse non potest.

5^{um} fundamentum. Non omnia quae ad doctrinam christianam pertinent sunt in sacris literis expressa; id est, aperta et clara. Probat de perpetua virginitate beatae Mariae, de descensu Christi ad inferos, de processu Spiritus sancti a Filio. Fine enim articulus de resurrectione contenebatur implicite in illo Exodi 3^o: Ego sum Deus Abraham. Quemadmodum Christus explicuit adducens illud ad probandum resurrectionem quam sadducaei negabant, ita ecclesia explicat nonnulla quae obscura in scriptura habentur. Et si hoc non est argumentum sufficiens, nec Christus sufficienter illa auctoritate probavit resurrectionem.

6^{um} fundamentum. Multa pertinent ad eandem doctrinam et fidem, quae nec aperte nec obscure in scriptura sunt tradita, sed tenentur tamen ex traditione apostolorum, quae alia quidem literis, alia via vocis oraculo prodidere. Hoc erudite. Probat Innocentius 3^{us} de celebratione missarum cap. 6. Nam illa verba quibus in calicis consecratione utimur; scilicet mysterium fidei, aeterni testamenti, non habentur in evangelio. Item id: Elevatis oculis in caelos. Unde et Paulus Actorum 20 meminisse, inquit, oportet verbi Domini. Beatius est, inquit, dare quam accipere. Et prima Cor. 15. refert Christum apparuisse quingentis fratribus, quae tamen evangelistae non scripserunt. Sed Iohan. cap. ultimo dicit: Multa quidem et alia signa fecisse Iesum. Nulla ergo a Christo apostoli et ab apostolis acceperunt successores, quae scripta non sunt. Item ergo a Christo apostoli et ab apostolis acceperunt successores, quae scripta non sunt. Item 2^a ad Tessalol. 2^o: State et tenete traditiones quas accepistis, sive per epistolam sive per vocem. Et 1^a Cor. 12: Caetera cum venero disponam. Et

Ioann. 2^a epistola: Plura habeo vobis scribere; nolui chartam et atramentum; spero enim me adfuturum apud vos et ore ad vos loqui.

Ex his patet ad quaestionem propositam quod ecclesia quae fuit post apostolos eritque usque ad consumationem mundi non habet quidem novam revelationem, nec enim credimus aliam futuram esse aut fuisse sacrum scriptorem praeter apostolos et evangelistas.

2^o dicitur quod nihilominus concilium et pontifex semper in definitione quaestionum fidei proponunt sibi aliquam divinam revelationem sine qua nihil ad fidem attinere potest.

3^o dico. Non oportet semper sequi scripturas solas, sed ea etiam quae oretenus ab apostolis accepit ecclesia.

4^o dico ad dignoscendum quid ab apostolis fuerit traditum opus est concilia antiqua spectare et antiquorum patrum traditiones. Hac enim via cognoscitur quod veluti per manus a prioribus ad posteriores pervenit.

5^o dicitur quod tunc etiam cum pontifex scripturas sequitur, non est opus expressa commoveri auctoritate, sed satis et ex consensu sanctorum expositionem sacrarum litterarum accipere ut concilium 6^{um} constantiensem et florentinum factum est.

Ad primum iam patet quod revelata a Deo non solum intelliguntur quae in sacris literis habentur, sed ea etiam quae verbo apostoli tradiderunt.

Ad 2^{um} eodem modo respondeo quod pontifices et concilia quidquid determinant definiunt iuxta legem Domini.

In hoc autem distinguuntur a Spiritu sancto ne ab illa in discernendis quaestionibus deficiant, sed lex domini intelligenda est non modo quae papyro continetur, sed quae in cordibus fidelium per apostolorum praedicationem acceptam usque in hunc diem.

b) ROMA. Biblioteca Apostólica Vaticana. Vat. lat. 4647 (1543-1544)

[fol. 28r] [...] [Dubium. An concilia habeant sequi motiva exteriora in definienda fide.] Sed aliud dubium. An ecclesia habeat pro regula sacram scripturam. Quia diximus quod non habent concilium et pontifex revelationem in quo a sacris scripturis distinguuntur, ut supra diximus. Et ut apertius agamus, dubitatur an solam sacram scripturam assumamus pro regula. Videtur quod sic. Quia esse revelatum a Deo est ratio formalis. Sed ipsa sacra scriptura est a Deo revelata. Ergo. In contrarium est quod multa habemus in ecclesia que non in sacra scriptura.

Ad hoc dubium lutherani asserunt proprium iudicem in fide esse sacram scripturam. Ex quo inferunt quod nihil debemus credere concilio et pontifici nisi quod per sacram scripturam probaverint. Probatur 1^o ex illo quod fecimus, quia cum non sint sacra scriptura, cum fides innititur divinae revelationi, etc.

2º Deut. 17: Si difficile et ambiguum exortum fuerit etc. Et suddit, Facies quod docuerit tibi secundum legem Domini Dei tui. Arguitur ibi principaliter quantum definiat pontifex, sed ne illis omnino subdamur. Potestas subdit secundum legem Domini. Non ergo credendum est nisi illis que ex sacra scriptura fuerint comprobata.

Pro huius difficultatis explicatione supponitur⁵⁸ primo quod Christus non scripsit evangelium nec legitur precepisse. Euntes, inquit, praedicate evangelium. Non scribite. Et Ier. 31: In illa die dabo legem meam etc. in visceribus eorum, non ita in lapideis, id est quando differt a veteri lege. [2ª Cor. 3º: Epistola estis Christi administrata a nobis et scripta non atramento sed Spiritu Dei.]

Vide Crisostomum homil. 1ª in Matth. ubi docet secundum primam instructionem Christi non esse evangelium scribendum, nam in monte docuit verbo. Nam utraque in monte, utraque per praedicatorem data est. In hoc tantum discriminantur. Et sic apostoli aperiunt. Postquam autem a puritate cordis recesum est quod quaesiverunt alium modum scribendi. Unde apostoli 2ª Tes. 2: Epistola nostra vos estis in Domino.

2^{um} fundamentum. Ecclesia est antiquior sacra scriptura. In veteri patet. Moises enim primus cepit scribere. [Circa Exodum.] In novo. Theophilactus in Matth. dicit quod Matthaeus scripsit 8º anno ab ascensione Domini. Beda dicit quod Ioannes scripsit post sexaginta. Alii quod post 32, ut inquit Theophilactus ubi supra. [Ante quae tempora sine dubio ecclesia erat.]

3º. Multa habentur certa in ecclesia quae non sunt in scriptura expresse clara, [imo neque implicite.] Probat. Innocentius 3. de celebratione missarum extra. c. 6. Primo ex illo mysterium fidei et illud aeterni testamenti, quae in evangeliis non inveniuntur, et quod elevavit [fol. 28v] oculos. Tamen dicitur Christum dixisse et fecisse illud. [1. Cor. 11º: Caetera cum veniam disponam.]

Probat et Act. 20.: Meminisse oportet dictum Iesu, Beatius est dare quam accipere, quod in sacra scriptura alibi non invenitur. Item de illa apparitione qua plus quam 500 fratribus apparuit, ut 1 Cor. 15 dicitur: Non est in alio loco neque apparitio [facta Iacobo quae ibi memoratur.] Item 2ª Tes. c. 20: State et tenete traditiones quas accepistis, sive per epistolam sive per sermonem. Ergo eo modo habenda sunt. Item Ioa. 2ª epistola et 3ª: Plura habeo vobis scribere, nolui per epistolam et atramentum. Et Ioan. 21: Multa et alia fecit Iesus quae non sunt scripta in libro hoc etc. Ergo multa accipimus quae sermone tantum accepimus ab apostolis.

⁵⁸ En la transcripción de este canuscrito se ha querido reproducir lo más posible el texto tal como aparece. Por eso, no se ha transcrito. *supponitur*; sino *supponitur*

4°. Etiam quae ex sacra scriptura habemus de fide non clare continentur in sacra scriptura, sed quaedam implicite quae non sunt minus certa. Probatur de virginitate Mariae, de quo non est clarum testimonium quod post partum mansit virgo. Nam licet in partu dicit: Ecce virgo concipiet. Etsi calumnientur heretici de perpetua, nil est. Item de descensu Christi ad inferos est articulus fidei, et non est clarum in sacra scriptura. Similiter quod Spiritus sanctus procedit a Filio, non clarum est testimonium, cum autem sit firmiter tenendum ex declaratione ecclesiae. Huius rei habemus testimonium in evangelio. An quidam dubitarent de resurrectione et quaerent a Christo, respondet: Non legistis, ego sum, etc. Iudicio Lutheri male probasset Christus resurrectionem, quia ibi non expressum est sed implicite. Et ita exemplo eius potest facere ecclesia.

5°. Ecclesia est iudex scripturae quia scriptura non est autentica sine ecclesiae autoritate unde Augustinus: evangelio non crederem etc. Quia si hoc de medio toleretur, nulla manet certitudo sacrorum librorum. Item scriptores ecclesiastici sunt membra ecclesiae. Non ergo illius scripta credimus nisi quia illis credimus.

Item quia [sicut Arius, qui 42. locis fert suum errorem confirmasse,] interim dubitatur de sensu sacrae scripturae, ut de illo: Nisi quis manducaverit carnem vel biberit etc. Haeretici arguunt quod oportet sub utraque specie communicare. Definit ecclesia quod non, sed quod intelligitur, de fide vel mentale etc. Igitur cum sacra scriptura non possit est iudex sui, oportet quod ad ecclesiam pertineat quia litera est iudex mortuus, homo vivus. Unde Dominus dixit: Consule legem, sed consule sacerdotem, ut definiat secundum legem Domini.

Hic ad dubium dicitur facile quod non solum habent assumere pro regula sacram scripturam, sed traditiones apostolorum quae vicissim sunt traditae. 2^a statuitur quod nova concilia respiciant ad vetera. Et 3^o quid sancti senserint circa id de quo disputatur. Sic sextum concilium constant., concilium florent. et alia, quia illi habebant spiritum Dei circa sacram scripturam. Non ergo sacra scriptura est sola regula. Et ad argumentum dico quod non omne revelatum a Deo est scriptum, sed quaedam verbo.

Ad aliud concedo quod, si contra legem definiret, non esset tenendum. Sed id non fiet nec oportet ad legem scriptam respicere semper, sed interim ad scriptam in corde. Unde non oportet quod ecclesia semper novam habeat revelationem, ut quidam quorum est Echius illi tribuunt sine causa. Stat ergo quod novam revelationem non habeat, et tamen secundum revelationem semper definiat.

5. Diego de Chaves

ROMA. Biblioteca Apostolica Vaticana. Ott. lat. 1051, fol. 34r-35r (1547-1548)

[fol. 34r] [...] His solutis est dubium principale, Quaenam sit maior. Sed suppono quod tam in sacris literis quam in ecclesia est auctoritas infallibilis. Hoc patet ex supra dictis. De hac quaestione sunt 3 opiniones.

Prima. Tenet Abulensis in prologo supra Matthaem q. 13. Dicit quod auctoritas ecclesiae est maior quam sacrae scripturae, taliter quod si per impossibile determinaret ecclesia aliquod contra illud quod habetur in evangelio Iohannis esset stantum in hoc. Et probat, quia sacrae scripturae credimus propter auctoritatem ecclesiae. Ergo maior est autoritas ecclesiae. Consequentia patet. Propter quodcumque tale et illud magis. Antecedens probatur ex Augustino contra epistolam fundamenti c. 5: Evangelio non crederem, etc. Et confirmatur quia in epistola inde allegatur lib. Enoch. Tamen ecclesia non recipit illum. Ergo.

2^a opinio est Caietani in opusculo de auctoritate concilii et papae c. 4. Dicit quod auctoritas scripturae sacrae est maior quam auctoritas ecclesiae. Patet, quia ecclesia dirigetur in determinationes per sacram scripturam. Ergo.

3^a opinio est Iohannes Driedo in 4 libro de ecclesiasticis dogmatibus. Dicit quod ecclesia potest accipi et ab initio mundi usque nunc. [fol. 34v] Et isto modo est prima propositio quod ecclesia et sacra scriptura sunt eiusdem auctoritatis et dignitatis. Quia mea subscriptio et ego sumus eiusdem auctoritatis. 2.^a propositio. 2^o modo sumitur ecclesia pro caetu fidelium ut excludit apostolos et prophetas. Et isto modo non est tantae auctoritatis ecclesia sicut scriptura sacra. Patet, quia isto modo ecclesia non habet auctoritatem condendi sacram scripturam. Ergo. Hanc sententiam videtur tenere Durandus in 3. dist. 24. a. 1. Et allegat illud Augustini: Ecclesiae non crederem, etc. Et Waldensis in 1^o tomo libro 2^o c. 22 dicit idem. Et addit quod non solum scriptura sacra maior auctoritatis ecclesiae, sed dicit quod ecclesia non potest aliquid addere, etc.

Sed sit 1^a propositio. Comparare ecclesiam secundum quod includit apostolos et prophetas sacrae scripturae non videtur conveniens. Patet quia illa comparatio est nulla. Patet quia est comparare idem ad se ipsum. Quodammodo est comparare personam testificantem ad ipsam testificationem, ut supra dixi *de la fuerza y de mi mismo*.

2^a propositio est quod sumendo ecclesiam excludendo apostolos et prophetas non videtur opinio Abulensis. Imo non est probabilis. Patet. Quia auctoritas sacrae [fol. 35r] scripturae est summa auctoritas. Imo ipse Deus non habet maiorem auctoritatem. Patet antecedens. Quia est autoritas divina, quia sunt verba Dei, sed Deus ipse non est maioris auctoritatis quam

litterae. Ergo si sacra scriptura, etc. Confirmatur ad Gal. 1º capite: Sive nos sive angeli, evangelicet Iesus Deus, idque *ni nosotro apóstolo ni angeles* habent maiorem auctoritatem quam ipsa sacra scriptura.

Ad argumentum primum nego consequentiam quia illa propositio philosophi intelligitur quando antecedens est consequentiae, ut in praemissis respectu conclusionis. Modo ecclesia nullam auctoritatem praebet scripturae sacrae. Et sic nihil est contra nos.

Ad confirmationem respondetur negando consequentiam. Ratio est quia Iudas non affert testimonium. Quia liber ille est verus. Sed quia illud quod ipse adducit est verum, sicut ad Titum 1º allegat de Pemenide philosopho quando *dize* sicut quidam ipsorum. Et Actorum c. 17. allegatur ab apostolo ipso Aratus poeta: *Sicut seipsius enim genus sumus*. Ita in proposito.

3ª propositio est pro opinione Caietani. Aliquo modo scriptura sacra est maioris auctoritatis quam sit ipsa ecclesia. Quia ipsa ecclesia aliquando in suis determinationibus utitur principiis sacrae scripturae.

4ª propositio est. Simpliciter loquendo eadem est auctoritas et dignitas utirusque. Probatur. Quia utraque est auctoritas divina. [fol. 35v] Et ex his sequitur contra Waldensem quod ecclesia habet sufficientem auctoritatem et infallibilitatem interpretandi articulum. Patet quia ecclesia habet infallibilem auctoritatem. Confirmatur quia res publica christiana est perfecta et habet tantam auctoritatem sicut habet alia respublica civilis ad gubernandum. Ergo habet omnem auctoritatem.

Sed respublica christiana non esset bene ordinata si non haberet auctoritatem plenam. Ergo. Confirmatur quia in 4º conciliis videtur, etc., in nicaeno, in constaninopolitano, ephesino et calcedonensi. Ibi non fuerunt apostoli neque prophetae, at tamen tanta auctoritate recipiunt sicut evangelia. Ergo non est minor auctoritatis, etc. Patet minor ex c. sicut sancti 15 dist.

SEGUNDA PARTE

LA PROBLEMÁTICA TEOLÓGICA

La Reforma Protestante tiene como principio básico la *sola Scriptura*. Sostienen los salmantinos del siglo XVI no sólo que todo artículo de fe se halla en la Sagrada Escritura, sino bajo su propia responsabilidad sostienen que todo lo revelado a los hombres por Dios en materia de fe se halla ciertamente en la Sagrada Escritura y puede ello probarse convenientemente. Parten éstos así en su exposición como de una plataforma para el caso de que sea preciso

dialogar entre los cristianos de siempre, los católicos por una parte, y los cristianos nuevos por otra parte, los protestantes.

1. La revelación divina

La Sagrada Escritura dice concretamente en el Nuevo Testamento estas dos cosas. La primera queda expresada así: *“Quien se acerque a Dios ha de creer que existe y que es remunerador de los que le buscan”* (Heb 11,6). Y San Pablo por su parte enseña: *“Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad”* (1 Tim 2,4). Han sido reproducidos aquí estos dos textos bíblicos únicamente en orden a preguntar si para que exista la fe que agrada a Dios se necesita siempre que ella provenga desde la Sagrada Escritura; en otras palabras, se quiere saber si es preciso en todo momento que sea conocida la Sagrada Escritura expresamente. ¿Puede decirse así las cosas sin temor a incurrir en error que ha de existir previamente la Sagrada Escritura para que pueda creer uno como debe y conseguir desde la fe la vida eterna? San Pablo no dice que la fe viene de la visión. Se limita a afirmar sencillamente que viene ella de la escucha (cf. Rom 10,10). Sin Sagrada Escritura puede ciertamente haber fe y fe además que realmente salva.

¿No lleva el protestantismo acaso a la convicción inquebrantable de que, al ser la fe don gratuito de Dios, la da éste a quien quiere y no la da a quien no quiere? Es esto aceptado por todos los protestantes. Pero, ¿cómo se compagina entonces esto con la aseveración aquella del Nuevo Testamento de que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 2,4)? A un católico no se le ocurre pensar que Dios no quiera salvar a todos los hombres y no dé la posibilidad de todos los que hayan alcanzado el uso de razón de poder ser agraciados con la fe si hace lo que está en sí. A todo hombre con uso de razón le da Dios según el católico la posibilidad salvarse. Ello no está entre en lo enseñado por los protestantes. Según estos se salva uno porque así lo quiere Dios. De ello resulta que, si uno no se salva, se debe a que Dios no ha querido salvarlo. Martín Lutero no admitía la existencia del libre albedrío. A partir de aquí era preciso deducir que quien no se salvara era debido a que Dios no había querido salvarlo ya que salvación la da éste y no la da a todos, sino sólo a los que él quiere.

Según los católicos todo bautizado con uso de razón ha de creer, al menos de modo implícito, para conseguir la gloria del cielo la fe que es regalo que ofrece Dios gratuitamente a todos los hombres todos una vez llegados al uso de razón. Y lo primero que se dice aquí es que a nadie con uso de razón Dios le ha ofrecido la posibilidad de salvarse ya no ha puesto a su disposición el

camino que le posibilita tener la fe sobrenatural e infusa. Aquí no se dice que le haya ofrecido ya de hecho la fe. Basta con decir que le ha ofrecido la posibilidad de poder acercarse a la fe. Si el hombre responde positivamente a este ofrecimiento divino, no puede abrigarse duda alguna de que Dios lo irá conduciendo respetando por supuesto su libertad hasta el momento en el que ofrecerá las suficientes razones para que pueda coger libre y razonablemente la fe. Al mismo nunca le hará un ofrecimiento tal que no pueda rechazar. Lo que Dios ofrece puede ser rechazado. Éste se ha comprometido a respetar siempre y en todo momento la libertad del hombre para aceptar o rechazar la fe. Si uno la acepta, merecerá ante Dios por haber accedido a ella libremente. Si la rechaza, se hará ciertamente responsable de lo hecho y a él solo se atribuirá entonces, nunca a Dios, el haberse quedado privado fe y, en consecuencia, sin salvación.

¿Cuándo empezó a existir la fe en la tierra? Al respecto es lo más exacto decir que hubo realmente posibilidad de poseer fe verdadera, sobrenatural e infusa que justifica y salva, antes de que muriera el primer ser humano que tuviera uso de razón. Se habla así ahora aquí debido a que, de no ser ello así, no podría resultar efectivo lo dicho por San Pablo de que quiere Dios que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 2,4). Objeto de este estudio no es preguntar entonces si ese momento primero de existencia de la fe tuvo lugar antes o después del pecado original. ¿Cuál es el objeto de la fe, aquello que se cree (simple acusativo), a quien se cree (simple dativo) y a quién se termina creyendo (acusativo con la preposición latina *in*). Es ciertamente en estos tres casos expuestos Dios el objeto del acto sobrenatural e infuso de la fe. Ha de decirse también que, por ser dirigida la fe toda a Dios y terminar en Dios, se trata de una realidad que supera la capacidad de conocimiento de la naturaleza humana. Ante tal fe queda del todo la razón humana desbordada. Al objeto de tal fe se accede sólo desde la gracia de Dios. Si el hombre puede creer así, se debe a que es ayudado por Dios.

Santo Tomás se preguntaba en la Suma Teológica si crece o aumenta la fe durante el transcurso del tiempo y se interroga de si de veras creen más los que vivieron más tarde. A este respecto dice este autor que la fe jamás crece en cuanto a la sustancia a causa del paso del tiempo y es siempre sustancialmente la misma. Se cree siempre lo mismo en los tiempos todos. De todas formas pasa a indicar que se ha de reconocer que, con el pasar de los años, tiene lugar un aumento de la fe en cuanto a la explicación. ¿Qué se entiende aquí por la sustancia de la fe? La sustancia toda de la fe queda enunciada en estas dos realidades ya indicadas, la de la existencia de Dios y la de su remuneración (Heb 11,6). Posiblemente se preguntará entonces de qué condición es el conocimiento de estas dos realidades. El mismo, ¿es natural o es sobrenatural? ¿Se halla del todo al alcance de la naturaleza o supera a la misma al ser de

condición sobrenatural? Por cierto, hay que decir aquí que es sobrenatural. La fe que justifica y que salva es de orden sobrenaturalmente. Se acepta con ella lo que ha sido revelado por Dios y debido a que ha sido revelado. En una palabra aunque lo creído sea realidad natural, ha de ser ello aceptado sólo por haber sido revelado sobrenaturalmente por Dios.

Esta sustancia que es la fe sobrenatural e infusa se hallaba en el primer momento, antes de que muriera el primer hombre con uso de razón, totalmente plegada y enrollada; pero llegó el momento en que Dios mediante determinados actos de revelación la empezó a desplegar o a desenrollar. Con el paso del tiempo ocurrió que aquellas dos verdades sustanciales, existencia y remuneración divinas, dieron lugar a otras verdades a modo de despliegue, desenrollado o explicación teniendo que decirse que esa misma fe sustancial apareció ante la vista más desplegada, más desenrollada y más explicada. ¿Hasta cuándo había de ir creciendo esa misma fe en cuanto a la explicación? Llegó ciertamente un momento en el que ya no pudo desarrollarse más. Quedó del todo al desplegada y desenrollada. Este acto final de desarrollo total, perfecto y definitivo, ocurrió gracias a la revelación hecha por el mismo Cristo.

Además de hablar Dios a los hombres con la naturaleza, habló también con la gracia. Y este hablar con la gracia es la revelación divina, sobrenatural e infusa que ha de ser aceptada desde la fe sobrenatural. Que Dios dio al hombre noticias que no tenía que dar desde la exigencia de la sola naturaleza es un hecho. Así lo dice la carta a los Hebreos: *“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo; y que, siendo el esplendor de su gloria y la imagen de su substancia y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto mayor que los ángeles cuando heredó un nombre más excelente que ellos”* (Heb 11,1-4).

¿Hasta cuándo estuvo hablando Dios a los hombres sobrenaturalmente? ¿Dejó alguna vez de hablar debido a que ya lo había enseñado todo? Al subir Cristo a los cielos dio ciertamente por concluida su obra al haber revelado esa fe sobrenatural plena y perfectamente. Lo había realizado a través de dichos y hechos. ¿En qué consistió esa revelación plena que Dios realizó a lo largo del tiempo dejando intacta la fe, sin aumento o crecimiento alguno, en cuanto a la sustancia? Lo que Dios hizo no fue aumentar la sustancia. Fue facilitar la explicación, el desarrollo, el despliegue. Lo que estaba sin explicar, sin desarrollar, sin desplegar, quedó de tal forma extendido que ya no se podía más. Y este despliegue final fue realizado en el tiempo de Cristo y precisamente por Cristo. Él puso el término a la explicación o expresión. Se alcanzó la plena

extensión de la fe. Tal crecimiento no fue en cuanto a la sustancia. Fue sólo en cuanto a la explicación.

La noticia de esta plenitud de la revelación sobrenatural divina en cuanto a la explicación realizada perfecta y plenamente por Cristo tenía que llegar finalmente hasta el último rincón de la tierra. La realización de esta misión fue confiada a los Apóstoles: “[Se] les dijo: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará, más el que no creyere se condenará*” (Mc 16,15-16). ¿Cómo extendieron, se pregunta aquí ahora, los Doce esta plenitud de la revelación de la fe por el mundo entero? Y se dice que lo hicieron gracias a dichos y hechos, de la misma manera que lo habían visto ellos realizar a Jesucristo. Así las cosas para cuando murió el último de los Apóstoles, había llegado de alguno esta revelación plena en cuanto a la explicación hasta el último rincón de la tierra. Había sido predicada y, desde lo que dice San Pablo, se ha de deducir que la habían oído suficientemente quedaban obligados a ella. Ya no bastaba con creer la existencia de Dios y su remuneración. Los que habían alcanzado el uso de razón y habían oído la predicación se sentían obligados a creer la fe todas revelada por Cristo en su plenitud.

Conviene distinguir aquí de todas formas ahora entre eso de que la noticia plena del Evangelio hubiera resonado pronto en todo el mundo gracias a los Apóstoles y eso de que todos la hubieran oído suficientemente hasta el punto de quedar obligados a aceptarla. La fe no suele aceptarse a la primera. Está escrito: “*El que cree con rapidez es superficial en el corazón*” (Eclo 19,4). En los inicios del siglo XXI, un hecho es que ha llegado la Buena Nueva al mundo entero y que, en consecuencia, obliga a todos. De todas formas no implica ello tener que decir también que la hayan oído todos con una suficiencia tal que a todos obligue hasta el punto de que si, por ejemplo, desconociera uno dos artículos de la fe habría de cometer pecado. Todavía cabe hoy en casos particulares la posibilidad de que uno pueda excusarse de no haber oído así siempre y cuando el tal acepte de buena fe la sustancia de la fe; es decir, siga admitiendo las dos verdades sobrenaturales de la existencia y remuneración divinas. Sabe Dios muy bien cuál es la situación personal de cada hombre y hasta qué punto es responsable o no lo es; es decir, si está o no está haciendo lo que está verdaderamente a su alcance.

El hecho de que todo el que ha alcanzado el uso de razón ha tenido la posibilidad de haber podido llegar a tener fe sobrenatural e infusa es algo incontrovertible. Y esto implica tener que decir aquí que todo el tal ha podido alcanzar guiado por supuesto desde la gracia de Dios a conocer expresamente las dos realidades que conforman la sustancia toda de que Dios existe y es remunerador (cf. Heb 11,6). Quienes viven después de la muerte de los Após-

toles, una vez que ha llegado la predicación de la plenitud de la fe en cuanto a la explicación a través del tiempo, ¿quedan obligados a creerla toda en su plena explicación? Así son ciertamente las cosas. Todos quedan obligados.

Ahora bien posible es que no queden obligados todos al haber algunos que, sin culpa suya, no han escuchado con suficiencia y puedan quedar obligados a saber lo que es la sustancia de la fe. Por supuesto, toda la fe en su explicación queda creída totalmente si uno sabe y cree expresamente todos los artículos viejos o principios propios de la fe debido a que, dentro de estos artículos se hallan implícitamente las verdades todas reveladas que no son principios de la fe. Pero, ¿han de ser sabidos estos artículos de la fe desde el momento mismo de la posesión del uso de razón? De ninguna manera llega uno al uso de razón sabiendo ya los artículos viejos. Entre el uso de razón y el conocimiento de los artículos viejos de la fe transcurre un determinado tiempo. Es sabido por eso que el saber los artículos de la fe, el asentir expresamente a la fe plenamente explicada, atañe únicamente a los que, habiendo oído suficientemente la predicación, han alcanzado además la edad de la discreción.

A Cristo le correspondió el realizar la plenitud de la explicación de la fe sobrenatural e infusa por el tiempo. De ello se deduce que fue en su tiempo y en el de los Apóstoles cuando fueron conocidos los artículos de la fe. De todas formas, ¿se tuvo algún conocimiento de éstos antes de que llegara el tiempo de la plenitud? ¿Puedo tenerse un cierto conocimiento de ellos antes de la venida de Cristo?

Y así hablaba Francisco de Vitoria en 1526: “*Videtur quod semper fuit in fidelibus etiam veteris testamenti cognitio distincta omnium articulorum fidei. Patet quia omnes articuli fidei fuerunt revelati in veteri testamento. Nullus enim est articulus de quo in veteri testamento non fuerit prophetia aliqua. Et prophetae hoc dicentes procul dubio intelligebant quae dicebantur et non prophetabant sicut Cayphas. Ergo saltem prophetae habuerunt cognitionem omnium articulorum. Ad hoc diciendum quod non semper fuerunt articuli cogniti. Et ad argumentum dico primo, quod non semper fuerunt prophetae. 2º, quod postquam fuerunt non est necesse quod propheta intelligat omnem sensum suae prophetiae et quomodo articulus continetur in sensu allegorico; 3º dico quod quamvis prophetae cognoscerent, non sequitur quod cognoscerent alii fideles populi, quia propheta non habebat licentiam dicendi prophetiam aliis verbis, quae tamen non intelligebantur a populo*”. Ott. lat.1015a, fols. 5r-5v.

En este momento basta con deducir entonces de lo expuesto que, aunque se contengan los artículos todos, los cuales son en realidad la explicación plena y perfecta de la sustancia de la fe, en las dos primeras realidades que han de creerse para obtener la justificación y entrar en la gloria, el hecho de contenerse en lo que es la sustancia de la fe, existencia y remuneración divinas

(cf. Heb 11,6), no lleva consigo a tener que reconocer que se conocieran de alguna manera ya por entonces, en el Antiguo Testamento, los artículos viejos que fueron revelados a los hombres por Cristo en el tiempo de la plenitud. Más todavía ha de reconocerse que, cuando hubo profetas, se pudo atisbar quizás algo del conocimiento de los artículos; ahora bien las solas palabras dichas por los profetas no causaban en realidad su conocimiento. No hay ciertamente por qué extrañarse de la existencia de este desconocimiento ya que antes de que llegara la plenitud no constituía una necesidad tal conocer, incluso saber, los artículos o principios propios de la fe.

2. La revelación plena

Al principio existían los hombres; pero todavía la escritura. Vivieron por entonces muchos que no pudieron leer escrito alguno debido a que todavía no había sido inventada la escritura. Al no haber escritura alguna, tampoco existía la Sagrada Escritura. De todas formas existía desde el principio, antes por tanto de que falleciera el primer hombre con uso de razón, la posibilidad de poseer la fe y la caridad sobrenaturales. Tal existencia era de suyo condición para que se cumpliera aquello de que voluntad de Dios era que todos se salvaran (2 Tim 2,4). Que existió desde entonces la fe y que esta posibilidad fue dada por Dios a todos consta desde la Sagrada Escritura. En el cap. 11 de la carta a los Hebreos (Nuevo Testamento) se afirma que ciertamente hubo personas que vivieron como justos; es decir, que encontraron la justificación gracias a haber acogido la fe y a haber retenido la caridad; por supuesto, desde antes de que muriera el primero de los hombres existió tanto la fe como la caridad sobrenaturales e infusas.

Llegó de todas formas el día en el que se inventó por fin la escritura y, entre todos los pueblos de la tierra, cobró por entonces suma importancia un pueblo pequeño. Se sintió éste de forma especial privilegiado al haber concentrado Dios de modo especial en él sus preocupaciones y planes de futuro. A éste lo guió Dios con predilección. Pese a quedar abierto a todos los pueblos, se abrió Dios mucho más todavía de modo especial al de los judíos. Y fue en el seno de este pueblo escogido donde aparecieron los escritos sagrados y donde crecieron ellos en número, formándose poco a poco lo conocido hoy como la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento. Se enorgulleció justamente este pueblo judío y se sintió de veras superior a los demás por poseer ante todo la ley de Dios por escrito, por poseer la Escritura Sagrada que, con todo derecho, era calificaba de la palabra de Dios. Optó ciertamente Dios por volcarse en la enseñanza ante todo a este pueblo debido a que, desde él, había de llegar su

mensaje, su palabra divina, a todos los habitantes de la tierra y por él ofrecería la salvación a los hombres todos.

Y a partir de aquí se pregunta ahora si al tener este pueblo escogido por Dios, el de los judíos, la Sagrada Escritura, no resultaba extraño que apareciera espontáneamente ya la pregunta de si conocieron los judíos los artículos de fe de alguna manera, nunca por cierto en su plenitud; más todavía, si pudieron conocerlos gracias a la Escritura Sagrada del Antiguo Testamento. Fue esto lo que dijo a sus alumnos en 1543 Francisco de Vitoria: “[*An omnes articuli fuerunt revelati in veteri testamento.*] *Est dubium an omnes articuli quos nunc habemus fuerunt revelati in veteri testamento, dato quod non fuerunt intellecti sicut sunt nobis multa revelata, scilicet in Apocalypsi, quae non intelligimus nisi post factum. Respondeo quod in veteri testamento multi articuli erant revelati, et ex illis modo probamus etiam quod Virgo peperit, quia fuit dictum in Esaia. Item, quod peperit Deum ex illo Ieremiae 31, Circumdavit virum. [In veteri testamento fuerunt aliquae figurae Trinitatis, ut in illo, Faciamus hominem, etc. Item in tribus angelis Abrahae. Et multa alia, Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus sabaoth.] Non est dubium. Sed dico 2.º quod non poterant intelligi sicut modo in novo testamento. Nos clare intelligimus et distincte, quia illorum cognitio erat in umbra*”⁵⁹.

En cierta manera no se ha producido variación alguna entre la exposición de Vitoria en 1526 la realizada en 1534 referente al conocimiento de los artículos viejos de fe. En ambos casos se trate de los que no tenían escritura (los que vivían en la ley natural) y los que la tenían (los que vivían en la ley escrita), debe admitirse que no hay siempre entendimiento a pesar de que haya siempre revelación. De todas formas existe una diferencia. El hecho de poseer hoy en la ley de la gracia (después de la revelación plena de Cristo) lo escrito en el Antiguo Testamento permite probar el misterio de que la Virgen dio a luz o el misterio de la Santísima Trinidad. De alguna manera da a entender Vitoria así que se puede extraer después de Cristo un artículo nuevo de fe como es el de Trinidad de Dios desde la existencia el Antiguo Testamento. Y añade este profesor de Prima de Salamanca que ello es posible debido a que quien lee el Antiguo Testamento después de que Cristo subió a los cielos goza al leer la Sagrada Escritura de los judíos de una claridad y de una distinción que no poseyeron los que vivieron antes de Cristo, debido a que aquel su conocimiento estaba rodeado con anterioridad de sombra. En una palabra, era oscuro. En el Antiguo Testamento hay, debe reconocerse un conocimiento oscuro. Viene el mismo de figuras. El del Nuevo Testamento viene en cambio de la realidad siendo claro y distinto.

⁵⁹ Universidd de Salamanca. Ms. 43, fol. 18r.

Una vez dejada del todo explicada la fe ante los Apóstoles, se marchó Cristo al cielo. El caso es que había realizado ya plena y perfectamente este cometido. Y lo realizó sin hacer uso ciertamente de escritura alguna. Mandó, es verdad, a los Apóstoles al mundo entero para que a todos llegara el conocimiento de la plenitud de la fe, el de todos los artículos o principios propios de ella. De todas formas no les dijo a los Doce el mandato de que los pusieran por escrito en orden a que de esta forma perduraran. Entre los cristianos goza de gran estima por supuesto el llamado símbolo breve o el Apostólico. ¿Lo hicieron los Doce antes de partir a predicar el Evangelio por el mundo entero? No hay que excluir esto. De todos admitido es que este símbolo breve contiene los artículos viejos de la fe; pero es un hecho que tardó muchísimos años en ser puesto esto por escrito. Es admitido asimismo que no se entregaba a los que iban a ser bautizados este credo por escrito. La entrega se hacía de palabra y debía ser aprendida y retenida en la memoria. Tardó ciertamente un tiempo en el que la plenitud por Cristo se empezó a transmitir por escritos.

¿Cuándo sucedió esto? Aquí puede decirse que ello ocurrió poco antes o poco después de morir los Apóstoles. Fue entonces cuando se recogió lo dejado por escrito directa o indirectamente por los Apóstoles empezando a nacer sí las cosas lo que hoy se conoce como la Escritura Canónica del Nuevo Testamento. Para entonces aceptaban los cristianos todos como verdadera palabra Dios la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento. Una vez muertos los Doce dieron los cristianos una gran importancia a los escritos directos o indirectos de los Doce. Cuando los Apóstoles vivían, todavía podían acudir los cristianos a los propios apóstoles y preguntarles sobre cuál era la enseñanza de Cristo que debían creer e, incluso, saber. Ahora bien, ¿qué podían hacer ellos esto cuando hubieran muerto? Cristo no había puesto por escrito el Evangelio que predicaba; pero lo había dicho de palabra a los Apóstoles todos. Dijo: “*Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndele a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o a dos, para que por la palabra de dos o tres testigos sea fallado todo el negocio. Si los oyere, comunícalo a la Iglesia, y si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil o publicano. En verdad os digo, cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo y cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo*” (Mt 18,15-18).

Se quedaron los cristianos un día ciertamente sin los Apóstoles; pero, antes de su muerte, habían entregado ellos a otros, a sus sucesores, a los obispos, eso que Cristo les había entregado en orden a que durara para siempre; es decir, el poder de atar o desatar. Y este poder, no hay duda, entrañaba el tener que enseñar con autoridad qué es de fe y que no lo es. Lo entregado a los Apóstol-

les continuó, así como continuará, en la Iglesia hasta el fin del mundo. Se lo prometió antes y de manera especial a Pedro: “*Bienaventurado tú, Simón Bar Jona [...] Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos*” (Mt 16,17-19).

A veces se tiene se tiene la imaginación de que, al marchar al cielo, dejó Cristo únicamente en la tierra unas ideas, el Evangelio, que, por cierto, extendieron los Doce por el mundo entero. Suele ponerse poca atención a que lo que Cristo dio sobre todo a los Apóstoles (y a Pedro como el jefe de ellos) fue el poder sobre la Iglesia, el de desatar y desatar, el cual no había de faltar ni faltaría jamás en materia de fe y de costumbres. Muertos los Apóstoles ejercerían este poder sus sucesores, los obispos. Muerto Pedro como jefe de todos ocuparía por sucesión su puesto en la tierra el Papa, el obispo de Roma. ¿No mandó entonces Cristo que se guardaran los escritos de los Apóstoles y que, agrupados ellos, naciera la Sagrada Escritura del Nuevo Testamento? Aquí existe un elocuente silencio.

¿Por qué quedó formada un día la Sagrada Escritura del Nuevo Testamento? Aquí puede decirse que ello fue algo casual. Y esta casualidad, hay que reconocerlo, debe verse como algo providencial en verdad, un gran bien para la Iglesia toda, por lo cual hay que dar gracias continuas a Dios. Esta Sagrada Escritura del Nuevo Testamento nació por el aprecio que los cristianos todos tenían a los Apóstoles. Al morir éstos apreciaron de modo especial entre los bautizados los diferentes escritos dejados por los Apóstoles, los escribieran ellos directa o indirectamente. Ciertamente es que no todos los escritos que se presentaban y aparecían por entonces eran ciertamente de los Doce. Fue necesario someter los tales a una labor de identificación. A ellos hubo que aplicárseles una precisa regla o canon. Quedaron examinados ellos por las diferentes comunidades cristianas sobre si lo que en ellos estaba escrito era efectivamente lo que, de hecho, habían enseñado los Apóstoles. Únicamente a aquellos escritos que fueron reconocidos como enseñanza de los Doce por todos, pasaron a ser denominados escrituras canónicas del Nuevo Testamento, no debiendo excluirse que a este reconocimiento de las comunidades todas les llegó también la aprobación de los obispos respectivos y, sobre todo, la del Papa. Así las cosas, ya no había duda. Esta Escritura Canónica del Nuevo Testamento contenía por escrito lo realmente enseñado por los Apóstoles, lo enseñado a éstos por Cristo y lo que gozaba de la asistencia del Espíritu Santo.

¿En qué se diferencia entonces la fe que tuvo Adán (ley natural) de la fe que tuvo Moisés (ley escrita)? La fe del uno y del otro es por supuesto

la misma en cuanto a la sustancia. No existe en este punto distinción. Ahora bien, ellas se diferencian debido a que la de Moisés acontece después, mientras que la de Adán está al principio sin desplegar o desarrollar. La de Moisés se halla en una situación ya en despliegue; es decir, que la segunda ya ha recorrido una cierta operación de despliegue, de desarrollo o de explicación. Si se pregunta en qué se distinguen la fe revelada en el primer momento a Adán y la revelada en vida a Moisés, habrá que decir que la de éste se halla más desarrollada. Y se diferencia también porque, mientras no quedó la primera reflejada en escritos, se reflejó o expresó la segunda a través de la Escritura Sagrada; es decir, del Antiguo Testamento. El hecho de que los judíos dispusieran tanto de la ley natural como de la ley escrita da una cierta ventaja respecto a los que no eran judíos. Disponían éstos así de dos medios para conocer la ley divina o la revelación divina. Si toda la sustancia de la fe podía ser aceptada por todo hombre viviera en la ley natural o en la escrita, ya que Dios quiere que todos los hombres se salven (cf. 1 Tim 2,4), hay que deducir que todos contaron con la posibilidad de tener toda la fe, toda su sustancia, antes de Cristo.

Santo Tomás de Aquino describe así este camino realizado antes de la llegada de Cristo al mundo sin distinguir entre los que recibieron la ley expresa y quienes no la recibieron. Señala esta santo doctor que hasta el momento de la llegada de la plenitud fue creciendo la fe constantemente por desarrollo. Dice: *“Ultima consummatio gratiae facta est per Christum; unde et tempus eius dicitur tempus plenitudinis. Et ideo qui fuerunt propinquieres Christo vel ante, sicut Ioannes Baptista, vel post, sicut apostoli, plenius mysteria fidei cognoverunt. Quia et circa statum hominis hoc videmus, quod perfectio est in iuventute, et tanto habet homo perfectiorem statum vel ante, vel post, quanto est iuventuti propinquior”* (II-II, q. 1, a. 7 ad. 4^{um}).

Este párrafo de Santo Tomás de Aquino se refiere en concreto a todos los hombres, vivan ellos en la ley natural, en la escrita o en la de la gracia. No la presenta éste unida a la Sagrada Escritura. Es claro entonces que el conocimiento, de la fe por supuesto, es posible en cualquiera de estas tres etapas de la humanidad. Por supuesto fácil es de entender la primera parte de la confirmación; es decir, la que dice que desde el principio hasta la plenitud, a la que el Aquinate llama la juventud, tiene lugar un proceso que va de menos a más, conforme uno está más cerca de la plenitud o juventud. Se tiene uno entonces un conocimiento mayor por vivir más cerca de la juventud. Ahora bien, conforme más se aleja uno con el paso del tiempo de la plenitud o juventud, sucede que, por quedar más lejos cada día de la juventud existe más dificultad para conocer y, en consecuencia, es el conocimiento menor o resulta el mismo menos claro y consistente, simplemente por ser vista la plenitud cada día más lejana.

3. La Sagrada Escritura

¿En el apartado anterior no se ha dado poca importancia a la realidad de la Sagrada Escritura? ¿No suena entonces como algo hasta despectivo eso de que ella no es en sí absolutamente necesaria? Uno piensa que no se puede extraer esta impresión con tanta rapidez. Hay mucho más aquí. ¿En qué sentido es necesaria, se pregunta ahora, la Sagrada Escritura, tanto la del Antiguo como la del Nuevo Testamento? Y uno se adelanta a decir que para lograr la justificación y para entrar en la gloria del cielo no es absolutamente precisa y necesaria en sí la Sagrada Escritura, ni la del Antiguo ni la del Nuevo Testamento. Ahora bien debe reconocerse que ella ha sido útil siempre. Más todavía, que es sumamente útil para los que anuncian el Evangelio, se trae de obispo, párrocos o se trate de teólogos de profesión. Los períodos ciertamente de decadencia de la teología se han producido casi siempre por elaborarse una teología sin bases y apoyos en la Sagrada Escritura.

Aquí ya se ha aludido a que, conforme uno se va alejando del momento de la plenitud de la revelación de la fe acaecida en Cristo, se va encontrando con una mayor dificultad a poder conocer exactamente qué es lo revelado ya que se ven las cosas cada día que pasa desde una distancia mayor. Existe por ello cada vez mayor peligro de equivocación y, si a la equivocación en la fe se añade la pertinacia, existe la posibilidad de que se termine aceptando no la fe, sino la herejía. Es lo que le ocurrió ciertamente a Arrio y a sus seguidores al atreverse a sostener que el Padre solo era Dios y que, propiamente, en modo alguno lo era el Hijo; es decir, Jesucristo. El caso fue que la cristiandad del siglo IV se encontró un día dividida en dos bandos. A un lado estaban los que defendían que el Hijo era Dios y, al otro, los que decían que no lo era. Y fueron los propios obispos arrianos los que, al quedar reunido con los demás obispos en el concilio de Nicea I manifestaron estar dispuestos a admitir como obligatoria en adelante en cuanto al saber la determinación que apareciera expresada en la Sagrada Escritura.

De todos era siempre sabido que nunca se podía aumentar la fe plena que Cristo había enseñado a los Apóstoles y que éstos habían ya predicado entera. No era posible preguntar en el 325, año del concilio de Nicea I, qué era lo que los Doce habían predicado de hecho. Si los obispos reunidos en esta magna asamblea recurrían a la memoria preguntando por ejemplo a los más viejos qué era lo que, efectivamente, habían enseñado en su tiempo los Apóstoles, se encontrarían desgraciadamente con opiniones y además por desgracia encontradas. Así las cosas no tuvieron los obispos reunidos más remedio que centrarse en estas tres operaciones concretas: estudio, discusión y oración. Ahora bien, ¿desde dónde se tenía que estudiar, discutir y orar? Ello lo tenían

claro gracias a Dios. Ante todo, desde la Sagrada Escritura y, más en concreto, desde la del Nuevo Testamento ya que era ésta la que se había escrito después de la plenitud de la revelación aunque tampoco debía descuidarse el estudio de la del Antiguo Testamento. Todos los bautizados, incluidos los obispos, estaban convencidos de algo elemental. Ni más ni menos, de que en la Sagrada Escritura había quedado casualmente la revelación toda y plena de Dios a los hombres en materia de fe.

Por desgracia no encontraron los obispos reunidos en aquel gran concilio de Nicea una frase concreta (expresa) de la Sagrada Escritura que dijera de modo absoluto, sin vía de escape posible, que el Hijo era Dios igual que el Padre. Fue entonces cuando se optó por determinar o definir que el Hijo era ciertamente de la misma naturaleza, *homousios*, del Padre. Este adjetivo no estaba expresamente escrito en la Sagrada Escritura; pero expresaba el mismo lo que esta decía. Al imponer la Iglesia en adelante a todos los mayores; es decir, en los llegados a la edad de la discreción, la obligación de saber en adelante además esta verdad, que el Hijo era de la misma naturaleza del Padre, nada se añadía ciertamente a la sustancia de la fe. Tampoco se añadía con esto un principio nuevo y desconocido a la sustancia de la fe. No hizo Nicea lo que hizo Cristo ante los Apóstoles, redactar un artículo viejo de fe. Los viejos artículos de fe no los hicieron los Doce, solamente los recibieron. Lo que hizo realmente Nicea fue hacer aparecer eso que se conoce como nuevo artículo de fe. Y este artículo nuevo de la verdadera divinidad del Hijo no lo extrajo de la nada el concilio general en unión con el Papa. Esto lo extrajo Nicea de lo que ya había dado a conocer Cristo, de lo que habían predicado los Doce y de lo que estaba dentro ciertamente de la Sagrada Escritura. A esto es a lo que se denomina artículo nuevo de fe, que no es lo mismo que artículo viejo de fe.

Lo que se imponía sin error posible era algo que estaba ya en la Sagrada Escritura aunque ello no estuviera en su superficie y a la vista, sino en su interioridad y realidad. Pero, ¿es que no había entonces en la Sagrada Escritura siquiera una frase que dijera expresamente que de veras el Hijo era Dios verdadero? Las había ciertamente; pero no las había hasta el punto de que quedara absoluta y contundentemente claro que esa igualdad era de la misma naturaleza. Por supuesto no tenía la Iglesia muertos los apóstoles autoridad para añadir un principio a la fe. Todos los había enseñado Cristo y Todos los habían enseñado por el mundo entero los Apóstoles. ¿Qué empezó a hacer así las cosas la Iglesia a partir del 315; es decir, al haber redactado en Nicea esto que al fin con el correr del tiempo un artículo nuevo de fe? Lo que hizo y se tenía que hacer si ello era necesario era hacer aparecer un artículo nuevo de fe, lo cual es algo distinto a hacer un artículo viejo de fe. Los artículos viejos de fe fueron en sí principios, realidades que no hay más remedio que aceptar. Los

principios se aceptan o se rechazan. No hay termino medio. Una vez admitidos y reconocidos los principios es posible desde ellos extraer conclusiones; es decir, hacer progresar el conocimiento de la fe. Por supuesto puede la Iglesia, el concilio general con el Papa, puede hacer aparecer un nuevo artículo de fe.

Y un nuevo artículo de fe, no un viejo artículo de fe, fue lo que hizo la Iglesia, el concilio general unido al Papa, en Nicea. Lo que se hizo entonces fue extraer desde los artículos viejos de fe un artículo nuevo de fe, el de la verdadera divinidad del Hijo. Pero, ¿tuvo que hacer esto Nicea en el 325 debido a que se habían olvidado los Doce de decir explícitamente que el Hijo era Dios verdadero? Por otra parte lo que hizo el concilio de Nicea, ¿no fue dejar muy claro de una vez por todas que el Hijo era Dios así como recalcar que los Doce desde el principio lo habían predicado? Así eran las cosas ciertamente; pero, ¿no habría sido mejor que, desde el principio, hubieran expresado los Apóstoles en catorce artículos viejos de fe la fe toda expresa revelada por Cristo en vez de haberlos expresado solo en doce? Y a esto se debe decir aquello que Santo Tomás de Aquino dice en el artículo octavo de la cuestión primera de la *Secunda Secundae*. Dice este dominico al preguntarse si están convenientemente enumerados o contados los artículos viejos de fe. Sabido de todos es que la enumeración de éstos puede hacerse como doce y como catorce. El Aquinate contesta sin más al respecto que están bien como doce o como catorce debido finalmente a la autoridad de la Iglesia que así los enumera.

A principios del siglo XVI y debido a las innovaciones que se estilaban por entonces surgió la pregunta de por qué no se hacía prevalecer la enumeración de los artículos viejos de fe en doce en vez de en catorce. Los occidentales recitábamos los artículos viejos de fe en doce sentencias. Confesábamos en primer lugar la fe *en Dios Padre* y a continuación añadíamos y *en el Hijo*. El caso era que omitíamos el nombre de Dios respecto al Hijo. Así las cosas, ¿por que nos resistíamos a no confesar que el Hijo fuera verdaderamente Dios como confesábamos que lo era el Padre? Ni más ni menos actuábamos así debido a que en Occidente o entre los latinos así lo hicimos desde el principio. Hablábamos abiertamente de que el Padre era Dios y, dando por supuesto que también tanto el Hijo como el Espíritu Santo era Dios, nos ahorrábamos el decir expresamente que también la segunda y la tercera persona de la Santísima Trinidad lo eran. A los occidentales no nos hacía falta declarar como artículos de fe tanto la divinidad el Hijo como la del Espíritu Santo. No precisábamos de dos artículos más de fe.

En el siglo IV hubo necesidad de precisar en Oriente con total claridad por supuesto debido a concretas herejías que no sólo expresamente el Padre, sino también expresamente el Hijo y el Espíritu Santo era Dios verdadero. Y fue entonces en el concilio general de Nicea (325) y en el de Constantinopla

apreció un símbolo nuevo, más extenso que el que usábamos los latinos, el Apostólico. Gracias a estos dos concilios terminó apareciendo en Oriente la costumbre de llamar expresamente Dios al Padre, sino también el Espíritu Santo. El caso fue que, cuando en el concilio ecuménico de Ferrara-Floren-
cia-Roma (1439-1445) en unión con el Papa se declaró la unión entre Occi-
dente y Oriente surgió la cuestión de cuál era el credo que todos los cristianos
tenían que profesar a la hora de confesar y expresar la fe no tuvieron inconveni-
ente alguno los padres conciliares latinos en unión con el Papa en imponer
el llamado símbolo de los Padres; es decir, el que se impuso al fin con el nom-
bre del Nicenoconstantinopolitano. De hecho es en este credo donde se confiesa
expresamente que no sólo el Padre, sino también el Hijo y el Espíritu Santo
es Dios. En los últimos años y tras el concilio Vaticano II se ha impuesto la
costumbre que también la confesar el credo conocido como el Apostólico se
confiese expresamente que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que el Es-
píritu Santo es Dios.

Lo decisivo es reconocer que a través del paso del tiempo, como lo ense-
ña Santo Tomas de Aquino, puede hablarse de doce artículos viejos de fe, que
es lo que siempre se ha hecho en Occidente, o de catorce artículos viejos de fe
como se hace desde el siglo IV en Occidente a partir de los concilios de Nicea
(325) y Constantinopla (381). Por supuesto a los doce artículos del Apostó-
lico se añadieron en un momento en Oriente dos más, los de la divinidad del
Hijo y de la del Padre. ¿Qué son estos dos artículos? Y digo yo al respecto
que ellos son lo que son: artículos y artículos verdaderos. Ahora bien, si se
me pregunta si todos ellos son artículos viejos de fe, me verá obligado a con-
testar diciendo que sólo doce son los artículos viejos de fe. A los dos restantes
es mejor y más adecuado denominarlos artículos nuevos ya que ellos han sido
tenidos ciertamente como artículos; pero sin llegar a ser considerados como
viejos. Siempre se han tenido como nuevos ya que ellos no han pasado de ser
conclusiones, si bien es cierto que éstas, por decisión de la Iglesia, han de ser
creídas expresamente; es decir, sabiéndolos desde el momento de alcanzarse
la edad de la discreción.

Sería de todas formas precipitado decir ahora aquí que los bautizados co-
menzaron a estimar la grandeza de la Sagrada Escritura a partir de la celebra-
ción del concilio de Nicea I (325). Jesús vino al mundo a cumplir lo que decía
la Escritura de los judíos hasta lo más mínimo. Continuamente invitaba a los
judíos a examinar las Escrituras, las cuales daban por lo demás claro testimo-
nio de quién era él. Cuando los Apóstoles hablaban a los judíos, les invitaban
a verificar o comprobar lo que decían con lo escrito en la Sagrada Escritura
del Antiguo Testamento. Los mismos Apóstoles eran estudiosos de la Sagrada
Escritura y reconocían que tardaron por supuesto en entender aquello de que

Cristo iba a resucitar después de muerto. Desde Lutero hasta el día de hoy se achaca a los católicos el aguar la fuerza de la palabra de Dios colocando a su lado la fuerza de la Iglesia. ¿Es que tiene que hablar Dios sólo por una de las dos fuerzas? La misma es la autoridad divina en la Sagrada Escritura que lo es la de la Iglesia. Al fin y al cabo, la una y la otra son autoridad de Dios.

Bajo la exigencia de tener que seguir Lutero exclusivamente, se sintieron los seguidores de éste a tener que atender a la Iglesia. Optó éste y sus seguidores por adherirse sólo a la Sagrada Escritura. Pero, ¿cómo es que no cayeron en la cuenta de que, en el fondo, no era a Dios, a la Sagrada Escritura, sino que era exclusivamente a sí mismo, a Lutero, al que se adherían? Este alemán contemplaba la Sagrada Escritura únicamente desde su propio sentir y terminaba haciendo decir a ésta lo que él quería. Escribió R. García Villoslada: *“Cuando Roma condena por primera vez las tesis luteranas, el reformador apela al concilio ecuménico contra el papa; cuando Eck le demuestra que algunas de sus tesis están en oposición con el concilio de Constanza, niega la infalibilidad de los concilios. No le queda otro recurso sino la Biblia, y en ella, o en parte de ella –objetivamente entendida–, se encastillará durante toda la vida, íntimamente persuadido de que sus propias doctrinas se identifican con la palabra de Dios”*⁶⁰.

La afirmación de Lutero realizada públicamente frente a Eck en Leipzig (1519) no nació de la nada. Fue consecuencia de mucho que se había venido gestando durante los siglos XIV y XV. Ahora bien es cierto que nadie como fray Martín se había atrevido a llevar tan adelante los excesos y los errores sobre la Sagrada Escritura, constituyendo a ella como única regla de fe, hasta el punto incluso que desacreditara como tal a la Iglesia y dijera que ella podía equivocarse en materia de fe y costumbres. El historiador García Villoslada dice: *“El biblicismo absoluto de Lutero se fue preparando por los conceptos oscuros e inexactos que en el siglo XV se difundían entre algunos teólogos acerca de la interpretación auténtica de la Biblia y acerca de la autoridad del Papa, de los concilios y de la Iglesia”*⁶¹. La Escritura necesita ciertamente que alguien que, desde fuera de ella, la atestigüe y la presente como la verdadera palabra de Dios. Es a partir de este testimonio exterior desde donde se impone la Sagrada Escritura. Ahora bien, una vez admitido que la Sagrada Escritura es la palabra de Dios, el resultado es que lo escrito, siendo ciertamente divino, sigue siendo deudor de las limitaciones humanas en cuanto no es siempre lo comunicado unívoco; es decir, no dice siempre el solo hecho de estar escrito asegurar sin más lo que en realidad se quiere comunicar. Es preciso indagar

⁶⁰ GARCÍA VILLOSLADA, R., *Raíces históricas del luteranismo*. (Madrid 1977) 131.

⁶¹ GARCÍA VILLOSLADA, R., *Ibidem*, 132.

todavía qué quiere decir Dios exactamente a los hombres con lo que escribe.

Examinando aquí lo que dijo Lutero en la controversia de Leipzig queda claro que quiso mostrar su oposición frontal a que la Iglesia, el Papa y el concilio general, redactaran un artículo nuevo de fe y daba como razón de ello que como quien se equivoca una vez puede equivocarse muchas veces. Según éste era claro que el tal se había equivocado al menos una vez ya que existía contradicción entre lo determinado en los concilios de Constanza, Basilea y Letrán V. Advertía sí las cosas a todos los presentes en la controversia de Leipzig que se correría un gran peligro si, en el futuro, se llegaba a congregar un concilio general en unión con el Papa y se definía en él un artículo nuevo de fe (fuera éste principio propio de la fe o no lo fuera) como obligatorio en cuanto al saber para todos los bautizados llegados a la edad de la discreción. Es que se podría definir entonces como verdad lo que era error. Y esto lo decía él a la manera de advertencia señalando que existía una manera de saber si ello era verdad o era error acudiendo a la misma Sagrada Escritura y tratando de comprobar si lo redactado por la Iglesia estaba claramente (de modo expreso) escrito en la Sagrada Escritura. Si ocurría que ello no estaba así en la Biblia, un simple laico tendría según Lutero más autoridad que el concilio general y el Papa debido a que la Iglesia (sin los Apóstoles) puede redactar un nuevo artículo de fe únicamente desde la Sagrada Escritura. Así era como debería entenderse aquella su afirmación de que tiene más autoridad en la fe un simple laico armado con la Sagrada Escritura que papas y concilios que no la tuvieran.

Pero, ¿es que puede errar la Iglesia al redactar un nuevo artículo de fe? ¿Puede ser error en la fe acaso alguna vez lo que propone como artículo nuevo de fe el Papa con el concilio o el Papa sin el concilio? El profesor de Wittenberg suponía entonces como posible que, en realidad, no pudo ocurrir que la Iglesia se equivoque en materia de fe y de costumbres. Además identifica éste el estar algo en la Sagrada Escritura con tener que estar allí con las mismas palabras; es decir, expresamente. Y es aquí donde salta a la vista que fray Martín no pensó bien las cosas ya que, si todo artículo de fe, principio propio o no principio propio, tenía que estar en la Sagrada Escritura para ser aceptado por todos obligatoriamente, el resultado a tener en cuenta era que el artículo nuevo de Nicea, el *homoousios*, tendría que ser rechazado de plano en todo momento ya que este adjetivo no estaba expresamente con las mismas palabras en la Sagrada Escritura. Aplicando a este artículo nuevo de fe la norma a la que dice atenerse Lutero se tiene que decir que el *homoousios* de Nicea tiene que ser considerado como error y en consecuencia rechazado por todos. Habría que tener que reconocer que ni el mismo profesor de Wittenberg aceptaba esta conclusión.

¿Temía acaso Lutero en Leipzig que, en un concilio futuro, se redactara al fin en la Iglesia un nuevo artículo de fe que debería ser según lo dicho rechazado por él según la norma últimamente inventada de que todo artículo nuevo ha de estar expreso en la Sagrada Escritura? Domingo de Soto exponía en 1536 el artículo décimo de la cuestión primera de la *Secunda Secundae* y decía: “*No veo cómo no es ello verdad. Es que, si fueron redactados por necesidad aquellos artículos en la Iglesia a causa de los diversos herejes. Así pienso yo sobre la consustancialidad de las personas divinas, sobre la divinidad de Cristo. No sé por qué, si surgen ahora nuevas herejías, no han de poder ser redactados nuevos artículos de fe de manera que, por ejemplo ahora, en un concilio futuro, se determinara como artículo, en contra de los herejes que lo niegan, que está Cristo realmente presente en el sacramento*”⁶².

Uno se permite decir ahora que fray Martín defendía ardientemente la presencia real de Cristo en la Eucaristía; pero es verdad también que, en el diálogo con otros protestantes tenido en Marburgo en 1529, terminó comprendiendo la postura de los que sostenían que tal presencia era espiritual⁶³. ¿A qué pudo deberse que Lutero se aviniese a no condenar del todo eso de la presencia únicamente espiritual de Cristo en la Eucaristía? Posible es que se debiera a una concepción muy particular suya de lo que era obligatorio y no era obligatorio en materia de fe. En el catolicismo se sostiene que es obligatorio creer al llegar al uso de razón la fe entera; pero que, al alcanzarse la edad de la discreción, se han de saber los artículos de la fe ya que éstos han de ser creídos por todos expresamente; es decir, sabiéndolos previamente. Pero, ¿es posible saber la fe toda sin saber todos los artículos? Lo es ciertamente. Hay que distinguir entre la fe implícita y la fe explícita. Los que tienen uso de razón sin haber alcanzado todavía la edad de la discreción creen efectivamente toda la sustancia de la fe y, en consecuencia, creen sustancialmente la fe explicada, si bien creen ésta de modo implícito. Cuando uno ha alcanzado la edad de la discreción, sigue creyendo la fe; pero cae sobre él entonces la obligación de saber los artículos al mandar la Iglesia que los crea explícitamente; es decir, sabiéndolos.

Es probable que Lutero entendiera las cosas así, aceptando que todos han de creer los artículos de fe absolutamente; pero que bastaba con creerla de forma menos absoluta lo que no era artículo de fe; es decir, toda la demás

⁶² “No video quomodo sit verum, nam si propter necessitatem diversorum haereticorum in ecclesia illi articuli sunt conditi, ut puto de consubstantialitate divinarum personarum, de divinitate Christi, nescio quare, si modo inurgant novae haereses, non possint condi novi articuli, ut v. g. si nunc in concilio futuro determinaretur tanquam articulus quod Christus est realiter in sacramento contra istos haereticos qui hoc negant”. SOTO, DOMINGO DE, Palencia. Ms. 13, fol. 271r.

⁶³ Cf. BAINTON, R. H., *Lutero*. (Torino 1960) 281-284.

fe revelada por Dios. En una palabra, sin tener que imponerla absolutamente a los demás, ya que ello no era en el fondo absolutamente necesario. Entendiendo así las cosas, resultaría que fray Martín se presentaba ante todos como alguien comprensivo y condescendiente con los que no pensaban como él. No aparecía entonces al parecer absolutamente intransigente. ¿Por qué se avendría así las cosas este alemán a no combatir ese sentir de los que decían que la presencia de Cristo en la Eucaristía era sólo espiritual y no era real? Puede pensarse que lo pudo hacer por entender que esto no se hallaba expresamente en la Sagrada Escritura.

Desde esta forma de considerar las cosas se veía obligado efectivamente fray Martín a tener que decir que la presencia real, en la que decía creer firmemente, no podía ser redactada jamás como artículo nuevo de fe debido a que no era una proposición expresa, literal, de la Sagrada Escritura. Ahora bien, esta forma suya de pensar, ¿no le llevaría entonces a sostener que todo lo que era de fe y estaba escrito, expreso, en la Sagrada Escritura era artículo de fe? ¿No habría que decir que toda frase o enunciado de fe de la Sagrada Escritura lo era? A este respecto viene bien recordar aquí algo que dejó escrito Domingo de Soto: “*Respecto a lo primero señala tú solamente las cosas que se requieren para un artículo de fe por ser cierto que no se requiere que sea una proposición expresa de la Sagrada Escritura. Se debe ello a que no está expresamente en la Sagrada Escritura que la Bienaventurada Virgen sea siempre virgen y, pese a todo, es artículo de fe*”⁶⁴.

4. A modo de epílogo

Lo que no era y llegó un día a ser se debió a Dios, su creador. La obra última y más alta de la creación realizada en la tierra fue precisamente el hombre, el cual quedó hecho a imagen y semejanza de Dios. Quedó dotado de entendimiento, capaz de razonar. Sabía Dios perfectamente que ese ser que él había colocado sobre la tierra discurriría independientemente por su cuenta y llegaría desde su propio razonamiento natural a darse cuenta de que alguien lo había hecho y que a éste le debería honrar él como dueño y señor. Desde él mismo y desde las cosas que éste había colocado a su lado, le resultaría fácil deducir que quien lo creó era bueno y era todopoderoso. Así las cosas tendría que postrarse en consecuencia a sus pies. Nada Dios le tenía que descubrir

⁶⁴ “Solum nota ad 1^{um} quae requiruntur ad articulum fidei. Quia certe non requiritur sit propositio expressa in sacra scriptura, quia quod baeta Virgo sit semper virgo no est expresse in sacra scriptura et tamen est articulus fidei”. SOTO, D. DE, México. Ms. 940, fol. 13r.

para que le honrara. Fue éste el que se acercó gratuitamente hombre. Ante éste realizó determinados gestos y pronunció concretas palabras que el hombre tenía que entender. El conjunto de todo lo que a lo largo del tiempo fue manifestando o revelando con hechos y dichos a los hombres fue en definitiva un largo y cada vez más alto discurso dirigido a los hombres.

Este discurso constante de Dios a los hombres no quedó olvidado. Los padres lo transmitieron a los hijos, los anteriores a los posteriores. Al principio se transmitían los hechos y los dichos sólo oralmente aunque llegó el momento en el que, tras la invención de la escritura y sin dejar de comunicarlo también algunas cosas sólo de palabra, quedó todo trasladado a lo escrito. El discurso de Dios a los hombres quedó ciertamente en la tierra tanto oralmente como también por medio de la escritura. A la primera forma de transmitir a los demás lo entregado por Dios se le denominó tradición; mejor dicho, Tradición Sagrada. A lo segundo, a lo transmitido, paso se denominarse la Sagrada Escritura.

1) Sin la Escritura

Expresar es sinónimo de manifestar. Expreso o expresado es lo mismo que manifiesto o manifestado. Lo que Dios habló a los hombres a la manera humana es en sí expresión o manifestación. Lo que tenía Dios oculto, tapado con un velo en orden a que nadie llegara siquiera a saber que existía, voluntariamente, lo va desvelando o revelando. Lo manifiesta,. Lo expresa. Lo revela. En una palabra lo que estaba oculto queda más o menos expresado o manifestado. Abandona entonces ello su estado oculto y resulta claro. Debido a esta revelación sobrenatural que realiza Dios va el hombre conociendo expresamente algo a lo que él no llegaba son sus fuerzas aumentando así su conocimiento y sabiendo más.

La revelación sobrenatural que Dios hace al hombre tiene un punto de partida y un punto de llegada. El inicio está en Adán y Eva. El término se halla en Cristo y en los Apóstoles. ¿Qué es lo primero que de Dios conocieron de modo sobrenatural los hombres; es decir, conocieron tanto Adán y Eva? No teme uno errar si dice que lo primero y fundamental que comunicó el creador a los hombres fue que la existencia de Dios y que es remunerador. A pesar de la desobediencia que Adán y Eva cometieron se encontraron éstos con que no lo habían perdido todo, que era posible la redención. Fue precisamente Dios quien se adelanto a decir que llegaría el día en que los hombres saldarían su deuda. Ahora bien no manifestó el modo como lo lograrían. Simplemente les urgió que confiaran y que llegaría el día de la satisfacción.

A partir de este momento, desde estas dos verdades básicas y elementales, que el Nuevo Testamento expresa así: “*Quien se acerque a Dios ha de creer que existe y que es remunerador de los que le buscan*” (Heb 11,6), comienza el desarrollo de una constante y progresiva comunicación de Dios en palabras y en hechos con los hombres en orden a mostrarles cómo se cumplirá efectivamente el día lo que Dios tenía planeado desde antes de la creación para hombre. A lo largo de lo que fue un muy largo recorrido fueron entendiendo de alguna manera los hombres que posible era la salvación, ésa que enseñaba así San Pablo: “*Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*” (1 Tim 2,4).

De lo mucho que, con hechos y dichos, manifestó Dios a lo largo de la historia desde Adán y Eva hasta Cristo y los Apóstoles, preciso es fijar la atención ahora en la fe; es decir, en lo que atañe a la al creer, a los misterios que Dios tenía escondidos y que se los reveló, los manifestó, los expresó a los hombres. ¿Manifestó Dios desde el principio a los hombres los misterios de la fe; es decir, todo aquello que reveló final y plenamente a los hombres y quiso que éstos llegaran desde la fe sobrenatural e infusa a la salvación? Antes de seguir adelante conviene decir aquí que, efectivamente, una cosa es tener que creerlo todo por ser revelación sobrenatural de Dios y otra cosa es el decir que ha de ser la revelación en su totalidad del todo sobrenatural, inalcanzable de suyo desde la capacidad humana o natural del hombre. Una parte de lo sobrenaturalmente revelado por Dios perteneciente a la fe es un supuesto del todo sobrenatural; pero mucho de lo así revelado queda también al alcance de las fuerzas naturales del hombre. Tanto lo uno como lo otro ha de ser aceptado si se quiere obtener la salvación gracias a un acto de fe sobrenatural e infusa.

Hay que aceptar entonces que desde el primer momento manifestó Dios en su diálogo constante con el hombre la totalidad de su fe. Y esa fe que él entregó era sustancialmente la fe toda. La dio a conocer, es verdad, de modo sobrenatural y expresamente comunicando a las claras que Dios existe y que es remunerador (cf. Heb 11,6). Esta verdad manifiestamente revelada en un momento dado para ser entregado a todos los hombres recibe el nombre de la fe. En ésta se debe distinguir la fe como sustancia y la fe como explicación. Desde el primer momento se comprometió Dios a ofrecer a todos toda la sustancia de la fe. Ahora bien quedó él a la espera de si el hombre estaba dispuesto a recibirla. Lo cierto es que a los tales Dios entregó la fe antes de morir; pero no lo hizo a aquéllos que, por lo que fuere, no le manifestaron que, de hecho la querían recibir. Éstos pudieron morir ciertamente sin haber recibido la fe.

La sustancia toda de la fe comenzó a desvelarla Dios por pasos sucesivos y progresivos con hechos y dichos sí como sirviéndose también de hombres escogidos como intermediarios suyos. Y lo que estaba al principio revelado,

expresado en las dos verdades hace tiempo aquí indicadas, comenzó a aparecer cada vez más cercano gracias a la revelación constante de Dios. Apareció así cada vez lo revelado más desarrollado, más desplegado y más expresado, pero necesitado todavía de un mayor desarrollo, despliegue y expresión. En una palabra quedaron todavía los hombres a la espera de la llegada de plena, perfecta y definitiva expresión de la revelación de la fe divina; es decir, a la espera de que Dios lo expresara al fin todo de tal forma que no fuera posible un ulterior desarrollo o despliegue de la fe debido a que esta había acabado. Aconteció esto ciertamente en el tiempo de la plenitud que es como se denomina al de Cristo y de los Apóstoles.

¿Cómo llegó a los Doce concretamente esta expresión plena de la fe desde Cristo el Señor que habían de dar a conocer un día por todo el mundo los Apóstoles ya que a todos los hombres iba destinada ella? Nada se les entregó por cierto a éstos por escrito. A ellos se les hizo la entrega de la misma manera que había hecho antes Dios con los profetas; es decir, mediante palabras y hechos humanos. Se marchó Cristo un día al cielo y nada relativo a la plena expresión de la fe sobrenatural e infusa sin haber dejado algo por escrito. Verdad es que se apuraron en cierta manera los Doce al entender que no iban a contar siempre con Cristo en la tierra. Ellos se reconocían sólo hombres. Así las cosas, ¿no podrían olvidarse de lo que Cristo les había enseñado sobre la fe en su plenitud? ¿No podrían así tergiversar lo que el Maestro le había entregado?

A este respecto se les dijo Cristo en la última cena: *“Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre. [...] No os dejaré huérfanos”* (Jn 14, 16 y 18). Y añade también el Señor: *“Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras”* (Jn 16,12-13). Inmediatamente antes de ascender al cielo dijo Jesús a los Apóstoles: *“Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28,20). Así las cosas era claro que debían preocuparse los Apóstoles de predicar lo que Cristo les había enseñado llevando el Evangelio a toda la tierra. Ya se ocuparía el Espíritu Santo entonces de que ellos, con Pedro al frente (y una vez muertos éstos con sus sucesores y el sucesor de Cristo al frente), enseñarían correctamente la verdad completa sin error y la impondrían a todos en orden a poder entrar como era debido en la gloria del cielo.

¿Qué era esa verdad completa en lo relativo a la fe que predicaron los Apóstoles y que se había de mantener firme por supuesto siempre hasta el fin del mundo? Ni más ni menos era ésa la sustancia o la fe que Dios había enseñado al principio a los hombres; es decir, esa verdad del todo sintetizada en dos verdades básicas, existencia y renumeración divinas, las cuales ha-

bían quedado al fin plenamente desarrolladas, desplegadas, manifestadas y expresadas. Ellas eran los principios propios de la fe sobrenatural e infusa; es decir, los artículos (viejos) de fe. Eran en resumen los principios propios que enseñó un día expresamente Cristo a los Apóstoles y enseñaron éstos a su vez al mundo entero. Ellos encerraban o eran contenedores dentro de sí de modo implícito todas las demás verdades de fe que Dios había enseñado día tras día de muchas formas y variadamente gracias a mediadores distintos y entre los cuales se encontraba finalmente Cristo.

Con toda razón ha de decirse ahora que una vez muerto el último de los Apóstoles ya no hay lugar para una ulterior revelación de Dios obligatoria para los hombres todos. Toda esta revelación realizada en el pasar del tiempo fue escuchada al fin en toda la tierra gracias a los Doce. Así las cosas ya no hay que esperar verdad nueva alguna de fe revelada por Dios que no hubiera sido enseñada y manifestada (expresada) por los Apóstoles. Si alguien preguntara ahora por ejemplo si Dios acaso no reveló a los reunidos en el concilio general de Nicea (325) la verdad aquella del *homousius*, se le responderá que, para redactar esta verdad, no se precisaba de una revelación nueva, distinta por lo demás de la recibida por los Doce, ya que ello se podía lograr y de hecho se logró desde lo predicado por éstos desde el mundo entero.

Para nada se ha hablado aquí en este momento de la Sagrada Escritura. Esto no era necesario. Bastaba con hablar sólo de revelación divina sobrenatural e infusa. Tampoco habla de ésta Santo Tomás de Aquino al mencionar el crecimiento de la fe según el paso del tiempo partiendo desde las dos primeras verdades que han de creerse hasta llegar finalmente a los artículos viejos de la fe que dio a conocer directamente Cristo y que los Apóstoles predicaron por el mundo entero. Pero, ¿se debe reconocer desde lo dicho que nada nuevo enseñó Cristo a los Apóstoles que no hubiera enseñado sustancialmente a Adán y Eva? Se atreve uno a decir aquí que así son en realidad las cosas si se hace referencia sólo a los misterios de la fe; pero que no son las cosas así si se habla de todo lo que enseñó Jesús ya que no sólo enseñó las cosas de fe.

De todas formas parece mejor exponer ahora lo afirmado por Domingo de Soto: “1º. *Sustentabile est quod quidquid revelatum est in novo testamento sit in veteri quia est quasi rota in rota. Et sic novum testamentum continetur in veteri.* 2ª *conclusio. Verisimilius est quod aliquid de novo fuit revelatum in novo testamento quae non fuerunt in veteri ut patet in Actibus apostolorum et in gestis ipsorum et eorum epistolis. Et confirmatur quia esset multum derogare dignitati novi testamenti. Et ad s. Thomam dicimus quod loquitur de articulis, non autem de omnibus propositionibus fidei, quarum multae sunt, quae nullo modo fuerunt in veteri testamento nec implicite, ut patet de epistolis apostolorum in quibus multa sunt moralia, quae non oportet quod fuerint*

*signata in veteri testamento. Et s. Thomas solum vult dicere quod quidquid pertinet ad beatitudinem et ad fidem de per se fuit semper revelatum in omni lege, quia revelatum est quod Deus est et quod remunerator est. Ex quo sequitur 2º quod s. Thomas in hac conclusione non comparat novum ad vetus testamentum, nec implicitos ad explicitos articulos. Sed facit comparisonem de omni lege et tempore nostrae scripturae et gratiae in quibus semper fuerunt illa duo principia in quibus implicite continebantur omnes articuli fidei”*⁶⁵.

Aunque la sustancia es la misma, la de las dos verdades de la existencia y de la remuneración divinas por una parte y la de los artículos de fe por otra parte, cierto es la de que estas dos primeras podrían ser llamadas muy bien artículos implícitos (no explicados o expresos todavía), mientras se da con toda justeza el nombre de artículos explícitos (ya explicados) a los artículos o principios propios de la fe. ¿Qué diferencia media entonces entre los implícitos y los explícitos? Uno se atreve a decir que quienes vivieron antes de Cristo; es decir, antes de que se explicara plenamente la fe revelada e infusa de Dios, bastaba con aceptar lo que es llamado aquí artículos implícitos para poseer la fe y estar por esta parte en condición de obtener la justificación y también la salvación. Es que quienes vivieron en la ley natural y en la ley escrita no estaban obligados entonces a más. Ciertamente, una vez expresada plenamente la fe y predicada; es decir, suficientemente escuchada por quien tiene uso de razón y ha alcanzado la edad de la discreción, no le basta al tal con saber y creer estas dos verdades sobrenaturales de la existencia y remuneración divinas ya que tiene además obligación de saber los artículos o principios propios de la fe. De ahí que Cristo mandara a los Doce por el mundo entero para que adquirieran desde la predicación o audición (cf. Rom 10,10) conocimiento de la revelación plena; es decir, de los artículos de la fe.

Antes de la llegada de la ley de la gracia existía en la tierra fe expresa, tanto en tiempo de la ley natural como en el de la escrita; pero se ha de decir de inmediato también en este contexto que quiere decir expresa tal como se ha mencionado al principio en este epílogo que se está ante precisamente una fe clara, manifiesta, no oculta o escondida, la cual está a la vista en la revelación sin más. Ahora bien, no puede uno cerrar este apartado sin señalar que fe expresa es además la que, estando a la vista, ha de ser sabida por todos los que han alcanzado el uso de razón y han de creerla expresamente (sabiendo lo que se cree). Se trata aquí entonces de una verdad revelada sobrenaturalmente que ha de creerse, que, previamente al creer, tiene que ser sabida.

Toda la fe revelada efectivamente ha de ser creída. Pero no es preciso o necesario saberla toda. Existe tanto la fe explícita y como la implícita. La

⁶⁵ SOTO, D. DE, México. Ms. 940, fol. 13v.

implícita es la que no hace falta saberla para ser creída ya que puede creerse de modo indirecto o implícito al creerse directamente la verdad que es el principio donde ella queda de hecho incluida. Quien acepta o cree directamente el principio cree y acepta indirecta y realmente ya toda consecuencia contenida en él. Pero es ciertamente imposible creer o aceptar de modo directo el principio desde las solas consecuencias. El principio ha de ser aceptado y creído sólo por sí mismo. Ha de ser sabido. Todo de fe que fue revelado de Dios se halla de veras en una de estas dos categorías, la de la fe expresa y la de la fe implícita. Es la primera donde cada verdad, artículo de fe, ha de ser creída siempre expresamente. Así es por tratarse ello de un principio o verdad principal⁶⁶. Es la segunda categoría la que sus verdades son como consecuencia quedando entonces incluidas en los principios. Todas ellas han de ser creídas siempre; pero no es preciso saberlas necesariamente. Basta con aceptar directamente el principio o verdad principal en la que se encuentra.

b) Con la Escritura

En la Sagrada Escritura quedó expresado lo manifestado por Dios a los hombres en el tiempo. A la revelación de Dios que es de suyo en cuanto manifestación se le puede llamar con todo derecho expresión Y así es cuando se habla de la Escritura expresa; es decir, de que la revelación divina queda expresada (escrita) en la Sagrada Escritura. De todas formas oportuno es decir ahora y aquí desde el principio que la revelación que se halla presente en la Sagrada Escritura se parte en algo expresamente escrito (escritura expresa) y algo existente que no está expreso; es decir, que está implícito en ella.

En la Sagrada Escritura se distinguen dos partes, incluso dos momentos distintos en el tiempo. Está allí la Escritura del Antiguo Testamento, la redactada antes de Cristo, y está la Escritura del Nuevo Testamento, la redactada en consecuencia después de la ascensión de Cristo a los cielos. Tanto la una como la otra parte contienen la sustancia toda de la fe; es decir, que aparece allí claramente esa doble verdad, la de que Dios existe y la de es remunerador de los que lo buscan (cf. Heb 11,6). Pero lo existente como relativo a la fe, concretamente en la del Antiguo Testamento, se está ante algo inacabado incluso en cuanto es reflejo concreto del estado de la evolución o es desarrollo

⁶⁶ Aquí se da el nombre de principio a las verdades de fe que son principios propios. Tales son los aquí llamados artículos viejos de fe. Se da el nombre de verdades principales a las verdades directamente reveladas que no son en sí principios, sino consecuencias o conclusiones; pero que la Iglesia en el decurso del tiempo ha impuesto para que las sepan todos por haber dicho la Iglesia que son principales. Estas verdades son los artículos nuevos de fe.

de la fe por el tiempo. No ha llegado ello todavía a su culminación, a su total perfección, a la plena expresión o manifestación de la fe. Por el contrario, lo existente de fe en la otra aparece en su plenitud una vez obtenida ésta. Y ello es debido sí a que lo que paso del tiempo lo era en la segunda por haber sido compuesta después. Entonces sólo lo existente en el Nuevo Testamento puede llamarse pleno y definitivo respecto a la realidad de la fe. Lo existente en el Antiguo Testamento es como una aproximación, un barrunto, una figura de aquello que todavía tenía que aparecer en su total perfección y acabamiento.

La Sagrada Escritura del Antiguo Testamento fue una confección concreta del pueblo elegido de Dios, por el de los judíos. Los que escribieron la Sagrada Escritura no sólo cuentan la historia del pueblo judío. Verdad es que todo lo ven desde una perspectiva judía; pero es de agradecer que se sitúen a sí mismos como parte de la humanidad, como descendientes de Adán y de Eva que, en un momento dado, quedaron elegidos entre los demás pueblos para cumplir una misión especial en la historia de la salvación. De entre los judíos había de aparecer ciertamente por supuesto el Salvador del mundo; pero éste no nacería para liberar sólo al pueblo judío, sino para liberar también a todos los hombres de buena voluntad. No todo libro escrito por los judíos era Sagrada Escritura. Lo eran sólo los que los judíos reconocían como tales.

A estos libros reconocidos por ellos los consideraron escritos realmente por hombres; pero añadían que los que los hicieron habían sido dirigidos en su escritura por la mano de Dios. En una palabra, que eran en último término libros escritos por Dios y tenían la misma autoridad que Dios mismo. Reconocían a su vez esto Cristo y los Apóstoles a los libros de la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento. Jesucristo dijo además con claridad que no había venido a abolir la ley (póngase aquí la Escritura del Antiguo Testamento) ni a suprimir un tilde o coma alguna de ella; al contrario, había venido a darle cumplimiento llevándola a su plenitud. Y esta plenitud la confirió Cristo con su predicación ante los Apóstoles en la tierra. El caso es que, como se ha dicho ya aquí, murieron un día los Doce; pero, a diferencia de Cristo, dejaron casualmente para la posteridad escritos suyos. Examinados estos conforme a una determinada regla para cerciorarse de su autenticidad, decidieron los bautizados al frente de los cuales estaban los obispos en cuanto sucesores de los Doce y también el Papa de Roma en cuanto sucesor de Pedro, darles a esos escritos la condición de canónicos o regulares. Fueron reconocidos tan sagrados como los de la Escritura del Antiguo Testamento. Si se les reconoció a los confeccionados antes de Cristo como contenedores de toda la sustancia de la fe, ¿cómo se iba a reconocer también que en éstos del Nuevo Testamento se hallaba también toda la sustancia de la fe? Más todavía, en éstos de los Apóstoles se hallaba la

plenitud de la fe; es decir, los artículos viejos. Aquí superaban los del Nuevo Testamento ciertamente a los del Antiguo Testamento.

En el estudio riguroso de la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento se distinguieron ciertamente los judíos. Fueron en todo momento conscientes de que aquellos libros sagrados que Dios les había donado no eran del todo claros. Hasta lo expresado en ellos admitía más de un sentido y era preciso descubrir el verdadero. Por otra parte era verdad que lo escrito; es decir, que hasta lo expreso que aparecía a la vista, entrañaba oscuridad. Se debía ello a que no era sólo Sagrada Escritura la superficie al tener está además por debajo una concreta profundidad. A ningún judío se le ocurrió decir que, a pesar de ser tales libros escritura, hubiera que valorar solamente la materialidad de las letras, de las palabras, de los párrafos. Por debajo de todo ello existía de veras algo tapado que era preciso desentrañar a base de esfuerzo y de estudio.

Esta dedicación al estudio de la Sagrada Escritura en los judíos fue ciertamente seguido también por los cristianos. Los judíos no aceptaron como Sagrada Escritura los libros del Nuevo Testamento. ¿Qué buscaban los que vivieron antes de Cristo próximos a la Escritura en la del Antiguo Testamento? Confirmar por supuesto cual era la fe que habían recibido desde Dios con dichos y hechos; pero debe reconocerse también que su Sagrada Escritura no había llegado todavía por entonces a la perfección y plenitud. Al estudiarla buscaban éstos entresacar de lo expresado en ella algo que hiciera referencia al futuro. En una palabra, desde unos escritos incompletos por no haber llegado todavía la fe en ellos a su plenitud en cuanto a la explicación trataban de adelantarse a lo que había de suceder un día en el futuro. Lo ya revelado en el pasado les daba a ellos pistas que, por sí mismas, les permitía imaginar con cierto fundamento lo que había de suceder más tarde, una vez pasado algún tiempo.

Los cristianos estudiaron de la misma manera la Sagrada Escritura que como lo hicieron los judíos. Consideraron en una palabra y en todo momento el Antiguo Testamento como confirmación de lo ya sucedido antes de Cristo y se apoyaron en el mismo también en ocasiones para entrever a partir de él lo que tenía que suceder, sobre todo lo referente a la espera de la venida del Salvador. Esta manera de estudiar la Sagrada Escritura fue recomendada por el mismo Cristo. Instaba éste a los de su tiempo a estudiarla como medio para reconocer que era él precisamente quien tenía que venir. Y los Apóstoles buscaron en la Sagrada Escritura una confirmación de que lo que ellos estaban viendo y escuchando era la realización de lo que los profetas habían anunciado. Disponían los cristianos además de su Sagrada Escritura, la escrita por los propios cristianos, los Apóstoles. Y así las cosas se ha de reconocer en este momento que ésta fue escrita después de haberse alcanzado la plenitud de la

revelación divina. Aunque la del Antiguo Testamento y la del Nuevo Testamento son palabra de Dios y, en consecuencia, divinas, no hay duda de que lo completo aventaja a lo incompleto o todavía no terminado. Ha de reconocerse con justeza entonces que cierta primacía alcanza la Escritura de los cristianos respecto a la de los judíos. De todas formas nada quita esto para que pueda haber en algún punto concreto el Antiguo Testamento una mayor claridad que en el Nuevo Testamento.

También puede decirse que los judíos miran a su Escritura como lanzada ante todo hacia el futuro, abierta a lo que tiene que venir. Los cristianos la miran ante todo con preferencia a lo que ya ha venido. A este respecto es oportuno esto que fue escrito por Santo Tomás de Aquino: *“La consumación última de la gracia fue hecha por Cristo, de ahí que al tiempo suyo se le dice tiempo de la plenitud. Y debido a eso, los que estuvieron más cercanos a Cristo, ya fuera antes como Juan Bautista o después como los Apóstoles, conocieron con mayor plenitud. Vemos eso además sobre el estado del hombre. Se halla la plenitud en la juventud y tiene el hombre un estado más perfecto antes o después, en la medida en que se halla más cercano a la juventud”*⁶⁷.

La plenitud recibida desde Cristo y los Apóstoles sufre también en cierta manera el paso del tiempo. Conforme los hombres, los cristianos, se van alejando del tiempo de los Doce, debe contarse con la posibilidad de que ciertas cosas enseñadas y dichas incluso por escrito al mundo entero por los Apóstoles corran el riesgo de ser olvidadas a través del paso del tiempo, incluso el ser incorrectamente entendidas. Se abre así la posibilidad de sostener incluso que se intentara mantener como correcto lo que es incorrecto. Y esto fue lo que sucedió por ejemplo a principios del siglo IV con la herejía de Arrio. Con ésta se pretendía persuadir a los bautizados todos de que los Apóstoles no habían enseñado jamás con dichos y hechos que el Hijo era Dios como lo era en realidad el Padre. Se llegó incluso a la situación de que, más o menos, la mitad de los seguidores de Cristo defendían que Arrio tenía en este punto la razón y que no la tenía Atanasio, el cual defendía que el Hijo era Dios verdadero.

Sucedió que, al existir la Sagrada Escritura, era posible comprobar si habían enseñado los Apóstoles que era o que no era el Hijo igual Padre. Aunque numerosos pasajes de la Escritura del Nuevo Testamento eran indicadores claros de que el Hijo era Dios verdadero al afirmarse con claridad que el Padre y el Hijo eran iguales, también era preciso reconocer que había otros tantos

⁶⁷ “Ultima consummatio gratiae facta est per Christum; unde et tempus eius dicitur tempus plenitudinis. Et ideo illi qui fuerunt propinquiore Christo vel ante, sicut Ioannes Baptista, vel post, sicut apostoli, plenius mysteria fidei cognoverunt. Quia et circa statum hominis hoc videmus, quod perfectio est in iuventute, et tanto habet homo perfectiorem statum vel ante, vel post, quanto est iuventuti propinquior”. II-II, q. 1, a. 7 ad 4. um.

pasajes en los que se decía con claridad que el Hijo era inferior al Padre. Así las cosas, ¿qué debía hacerse? ¿Debía permitirse a cada bando o fracción de cristianos permanecer en sus posiciones encontradas? ¿Había que decir que siguiera cada uno de buena fe lo que le pareciera más oportuno? Si se seguía este camino, ¿no pasaba a ser la divinidad del Hijo solamente una opinión, nunca una verdad? Que existiera división entre los bautizados, ¿era motivo suficiente acaso bajar de categoría a la verdad y convertirla en opinión?

Salta a la vista en este momento una diferencia en lo existente en el estudio de la Sagrada Escritura realizada por los judíos y por los cristianos o católicos. Admiten éstos que el estudio de la Sagrada Escritura ayuda muchísimo a saber con certidumbre qué es de fe y qué no es de fe, qué ha de creerse obligatoriamente y qué no ha de creerse. Los judíos no tienen a su disposición una instancia suprema en la que, después de haberse examinado la Sagrada Escritura y haberla comparado además con la tradición no escrita; es decir, lo que en parte se escribió y en parte no se envió a la Sagrada Escritura, que indique con absoluta certidumbre cuál de las posibles soluciones sobre una pregunta concreta mandada al estudio de la Sagrada Escritura es la correcta, la verdadera y la que todos hay de seguir conscientes además de que no hay equivocación y, si llega el caso, debe ser sabida en orden a que jamás sea olvidada y se sepa evitar con la sola memoria el caer otra vez en el error ya zanjado en el pasado.

Esa solución concreta de que, así las cosas, debía dejarse a cada uno su opinión era del todo inaceptable. En cuestiones de fe y de costumbres han de creer todos los bautizados lo mismo. ¿Quién o quiénes tenían autoridad en los comienzos del siglo IV para enseñar sin error y obligar a todos a tener que aceptar que el Hijo era o no era Dios como lo era el Padre tras verificar el estudio de la pregunta con la Sagrada Escritura? Los cristianos sabían entonces que esta facultad correspondía a los Apóstoles (entre los cuales estaba ciertamente Pedro). ¿No dio acaso Cristo a los doce el poder de atar y de desatar, encontrándose entre ellos (cf. Mt 18,18) ciertamente de forma especial Pedro (cf. Mt 16,19)? Pero ya no se podía recurrir a esto. Los Apóstoles y Pedro habían muerto. De todas formas no hay que olvidar que éstos tuvieron sucesores. Tales era los obispos. También los tuvo Pedro, el Papa. Eran, es verdad, los sucesores de los Apóstoles quienes tenían que en el siglo IV tenían que decir unánimemente a los cristianos todos si Cristo era o no era verdadero Dios. Aparentemente tampoco podía recurrirse a ellos ya que eran entre los obispos unos partidarios de Arrio y lo eran otros de Atanasio.

Se optó entonces por llamar a todos los obispos a que se reunieran en la ciudad de Nicea. Una vez reunidos quienes vinieron a la reunión, se comprobó que, al haber división entre los obispos, preciso era dedicarse a hacer lo que

realiza por propia cuenta todo lo que desde tiempo atrás se venía haciendo; es decir, acudir a la Sagrada Escritura, lugar donde se halla ciertamente la fe que han de creer todos los cristianos y comprobar si las cosas si estaba allí, dentro de ella, la verdad concreta de que Cristo era Dios verdadero. Aquí es preciso reconocer que todos los obispos reunidos reconocían que tal había sido el sentir de todos los cristianos tiempo atrás. Habían sido los arrianos los que, en un momento dado posterior, habían caído en la cuenta de que eso de que el Hijo era verdadero Dios no era más que un invento del pueblo, generalmente poco instruido y sabio. Según ellos, el Hijo no era Dios verdadero.

¿Por qué tardaron un tiempo los obispos reunidos en el concilio de Nicea I en ofrecer la solución a lo planteado y decir que el Hijo era de la misma naturaleza (*homousios*) del Padre? Uno se atreve a decir en este momento que se tomaron éstos su tiempo muy acertadamente. ¿Acaso podían haber salido todos de una reunión sin más diciendo que habían recibido una revelación directa de Dios en la que se les aseguraba que, efectivamente, habían enseñado los Apóstoles en todo momento que el Hijo era Dios como lo era el Padre? No podía procederse así ya que, si los Apóstoles contaban con la revelación de Dios y con el poder de hacer la Sagrada Escritura, no tenían esto los sucesores de Pedro y de los Apóstoles. Los obispos y el Papa no reciben revelación nueva alguna una vez muertos los Apóstoles. Cuentan ellos solamente con la asistencia del Espíritu Santo para que no se equivoquen al definir de fe y no equivoquen con su decisión a todos los cristianos fallando la Iglesia entera en la fe y quedando destruida ésta por las fuerzas del diablo (cf. Mt 16,18). En la enseñanza de los salmantinos del siglo XVI se dice constantemente que la definición de fe ha de realizarse siempre una vez puesto por delante todo lo que uno debe hacer, se trate del Papa con el concilio general o de lo realizado por éste sin el concilio general.

Debido precisamente a que los reunidos entonces en Nicea tenían que hacer todo lo que estaba en sus manos procedieron así. Tomaron a la Sagrada Escritura como lugar desde dónde debían realizar la definición de fe. Pasaron mucho tiempo en oración, seguramente solicitando de Dios que les iluminara en el estudio. Procedieron después al estudio correcto de la Sagrada Escritura; es decir, actuaron como lo hace todo teólogo entendido. Finalmente discutieron entre ellos sobre la definición. Fue de todo esto desde donde extrajeron la conclusión de que, efectivamente, era el Hijo de la misma naturaleza (*homousios*) del Padre; en una palabra, que era verdadero Dios. Y propusieron ellos esta verdad de tal modo como principal que no sólo garantizaron que en tal afirmación no cabía error alguno, sino que, además, debían saberla todos en adelante los que habían alcanzado ya la edad de la discreción. La palabra griega *homoousios* no aparecían expresamente en la Biblia; pero lo que ella

significaba era lo que estaba realmente dentro de ella. En este sentido ella era bíblica; pero hay que reconocer que no estaba en la Biblia expresamente.

En el siglo XVI sorprendía a todos Martín Lutero con una propuesta del todo nueva, por nadie escuchada con anterioridad hasta entonces y, en consecuencia, inaceptable. Este fraile sostuvo en público que se recibía la fe a partir de la Sagrada Escritura y que todo lo que no coincidiera con lo expresado en la Sagrada Escritura no había que creerlo; más todavía, que había que rechazarlo aunque lo afirmara la Iglesia. Aquí se ha mostrado ya antes cómo la fe es anterior a la Sagrada Escritura y, admitido esto, se afirma también que ha habido siempre creyentes que no han extraído su fe desde la Sagrada Escritura. Han vivido incluso ellos sin haber sabido la existencia de ésta. Se ha de conceder entonces que personas que jamás se han acercado a la Biblia han poseído verdadera fe, ésa que produce la justificación y la salvación.

Aunque ha habido y puede haber fe verdadera sin recurso alguno a la Sagrada Escritura, se ha hecho ella necesaria con el paso del tiempo ya que, después de muertos los Apóstoles, ha sido preciso recurrir a ella para redactar un nuevo artículo de fe (incluso las verdades de que no llegan a la categoría de artículo de fe). Basta aquí con señalar al respecto este texto concreto de Santo Tomás de Aquino: *“Se halla contenida la verdad de fe en la Sagrada Escritura, también de modos varios y en algunos casos obscuramente. Así las cosas, para extraer una verdad de fe desde la Sagrada Escritura, se requiere un largo estudio y ejercicio. A esto no pueden llegar todos a los que les es necesario conocer la verdad de fe. Muchos de ellos se hallan ocupados en otros negocios y no pueden tomar vacación para el estudio”*⁶⁸.

La Sagrada Escritura es necesaria para la fe y para la teología. En el párrafo anterior ha quedado expuesto cómo es ella necesaria ya que de ella se extrae la fe que redacta o define el concilio general con el Papa y éste también sin el concilio. Asimismo es ella necesaria para la teología. En estos dos casos hay que precisar qué quiere señalarse con el calificativo de necesaria. En el caso de la redacción o definición de fe claro es que lo uno y lo otro se halla en ella y desde ella se extrae. Es verdad que, en asuntos muy claros y admitidos por todos, podría muy bien quien declara la fe proceder a una redacción o definición sin acudir antes a ella inmediatamente. De versas a nadie que define se le puede reprochar que no haya definido bien por no haber realizado esto que normalmente ha de ser previo; pero se ha de reconocer que entra ello

⁶⁸ “Veritas fidei in sacra Scriptura diffusa continetur, et variis modis, et in quibusdam obscure; ita quod ad eliciendum fidei veritatem ex sacra Scriptura requiritur longum studium et exercitium, ad quod non possunt pervenire omnes illi quibus necessarium est cognoscere fidei veritatem: quorum plerique aliis negotiis occupati studio vacare non possunt”. II-II, q. 1, a. 9 ad 1.um.

generalmente en lo que no debería omitirse para que conste que uno hace lo que debe realizar.

Se ha querido señalar aquí eso de que por desgracia ocurre con frecuencia, que se haga teología sin fijar los ojos en la Biblia. Así las cosas, se atreve uno a decir aquí ahora simplemente que tal teología no será de alta categoría. Hasta se atreve el mismo a decir incluso que un caso así dará como producto una teología verdaderamente decadente. Es estimada la utilización de la Sagrada Escritura y el símbolo no sólo en la teología, sino también a la hora de redactar la fe; es decir, cuando a causa de haber aparecido una determinada herejía preciso es defender la verdad diciendo qué es la verdad sin error posible e imponiendo la obligación incluso en cuanto al saber. Ya se ha mencionado en este trabajo cómo no es necesario que el artículo de fe se halle expresamente en la Escritura. Tampoco es necesario que se halle expreso en el símbolo breve, en el Apostólico. La verdad de la perpetua virginidad de María se halla en lo uno y en lo otro implícitamente⁶⁹.

⁶⁹ RALEY, H., *El espíritu de España*. (Madrid 2003) 135..